



**TODOS
LO QUE
QUIERO
ES OLVIDAR**

Mario Dávalos



**TOD
LO QUE
QUIERO
ES OLVIDAR**

Mario Dávalos

**CAPITAL BOOKS
COLECCIÓN NARRATIVAS**

**COLECCIÓN NARRATIVAS
CAPITAL BOOKS**

TÍTULO:

TODO LO QUE QUIERO ES OLVIDAR

© 2011, MARIO DÁVALOS

© DE LA PRESENTE EDICIÓN:

2011, CAPITAL BOOKS

Diseño de la colección: Juango Dávalos

Diseño de la cubierta: Basic (basado
en una idea de Camilo Venegas y Mario Dávalos)

Ilustración de cubierta: Basic (máquina de escribir que
perteneció a Ney Perdomo, abuelo del autor).

Fotografía del autor: Máximo Del Castillo

Edición: Camilo Venegas

Corrección: Alejandro Aguilar

ISBN: 978-9945-471-26-7

Impreso en República Dominicana –

Printed in Dominican Republic

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede
ser reproducida, ni en todo ni en parte, sin el permiso
previo del autor o la editorial.

ÍNDICE

- 11 - La felicidad llega cuadro a cuadro
- 20 - Ese año comencé a escribir la novela
- 24 - Ambiciones I
- 25 - Ambiciones II
- 26 - Mi Abuelo
- 29 - Hay tres cosas en la vida que Milán nunca ha podido soportar
- 32 - Árboles rojos
- 39 - Teatro de cámara I. Milán & Aida
- 43 - La sentencia
- 48 - B.A.
- 51 - Teatro de cámara II. ¿Sacaste eso de una canción?
- 54 - Custodia
- 55 - Donde diga el dueño
- 56 - El empleo
- 57 - Teatro de cámara III. Milán, Fúser y la novela
- 62 - La pierna
- 64 - África mía, brevemente mía
- 66 - El extraño llanto de las viudas en una madrugada oscura
- 74 - Motherwell vibraba como una mosca
- 76 - El arte i
- 77 - El arte ii
- 78 - El arte iii
- 79 - Milán Just Signed In
- 81 - Hay una primera vez para todo
- 84 - Las últimas cosas que escuchó Jean Paul Bertrand
- 89 - Amorífica
- 91 - Inventario de un pueblo
- 93 - Los aplausos
- 97 - Not Available
- 104 - Origen
- 105 - Palabra de gallero
- 106 - Recordatorio
- 110 - Safari
- 119 - Teatro de cámara IV. Tatuajes
- 121 - Tres hombres que hablaban del fin del mundo

El pasado nunca se muere, ni siquiera es pasado.

WILLIAM FAULKNER



**ESTOS
CUENTOS
SON DE MI
ABUELO;
SON PARA
MI ABUELO.**

De él aprendí el valor del trabajo,
la perseverancia y su versión
poderosa del sentido del humor.

Gracias a mi familia por dejarme
crecer en terreno fértil. A Laly
por soportarme y permitirme admi-
rarla desde tan cerca. A Nicole y
Adriana por mejorar mi ADN.



LA FELICIDAD LLEGA CUADRO A CUADRO

Para él la luz es un rayo geométrico que se estrella y se convierte en baile, música, movimiento y narrativa monocromática. Abajo, la audiencia es un séquito que atiende su rito lumínico tres veces al día. La película de turno baja desde las alturas, como la mano de Dios para tocar el dedo de Adán convertido en lona rectangular, recibiendo el milagro en toda su sagrada superficie.

—¡El milagro de Lumière!

Fico apagó el proyector y miró desde la cabina la multitud que salía de la sala del cine Viena. Los insultos venían de voces entrelazadas e imposibles de distinguir: “¡Ay, mi cuaito! ¡Eipipo, qué clavo! ¡Ladronazos!”. Se rascó la barba blanca y pensó que esto no tenía nada de bueno. La noticia de una película mala se esparcía en el pueblo como un catarro.

En Moca había dos salas de cine, el Viena y el Maritza y luego de un rechazo tan enérgico como el de esa noche, tenían garantizado un fracaso total hasta que, en varias semanas, llegara desde Santo Domingo otra lata con otro rollo que también probaría

suerte. Miró desde la altura cómo el último de los clientes salía de la sala, con un bolero de Vicente Fernández que comenzaba donde terminaba la música del mandolín que acompañaba los créditos.

Vio también desde la cabina cómo Marcia, su mujer, entraba a la sala con escoba en mano y comenzaba la limpieza necesaria. Pensó en lo mucho que amaba a su mujer y en lo hermosa que se veía barriendo y cantando los boleros de Vicente con el extremo de la escoba, como si fuera un micrófono.

También pensó que Marcia, así, bailando y barriendo, podría haber sido actriz de un musical de Hollywood. Guardó los dos rollos de película, cada uno en su lata, asegurándose de que estuvieran bien identificados, el primero en la lata número uno y el segundo en la número dos, apagó la música y la luz de la cabina y bajó la escalera caracol hasta la sala donde Marcia seguía barriendo, cantando y bailando, a pesar del silencio de los altoparlantes.

—¿Me cantas un bolero?

—Lo que usted mande señor —le respondió como si fueran desconocidos que por primera vez se miran, y en esa mirada, descubren el deseo y la complicidad.

Fico se acercó a ella, la tomó por la cintura, echó a un lado la escoba y la besó. Marcia, sonrió y pensó que era la mujer más feliz del mundo. Terminado el beso, Fico dio un paso atrás y Marcia pudo ver la carga de preocupación en su rostro, y en sus ojos clavados en el suelo.

—Otro clavo ¿eh?

—Otro clavo.

—Fico, amor, eso ni es culpa tuya, ni mía y ni siquiera de don León. Son las películas que vienen y ya. No hay nada que podamos hacer, no somos nosotros quienes las elegimos.

—Pero somos nosotros los que las proyectamos y para la gente es igual que si las hubiéramos elegido.

—¿Y qué están pasando en el Maritza?

—Una de indios y vaqueros. A ésa no le irá tan mal, pero ésta, ¡uf! imagínate... ¿Quién escribe estas cosas? ¿A quién se le ocurre matar al protagonista?

—Ya, dale, que no es tan malo, ayúdame aquí y vamos para la casa —le dio otro beso y le pasó la mano por el pelo blanco y lacio que le tapaba la punta de las orejas. Ésta era la tercera y última tanda del día, y una tras otra, cada vez con menos público, había estallado el abucheo y el descontento ante una película tan atroz y fatal.

El protagonista, luego de atrapar al villano y seducir a la hermosa chica mala convertida en buena, se paseaba alegre y triunfante en su motocicleta, cuando fue intencionalmente atropellado por un camión de los tipos malos. Apagaron la luz de la sala, trancaron con candado la puerta que daba a la calle y caminaron por el pueblo dormido.

Moca olía a alcanfor y galletas. Era en ese tiempo un pueblo bravo y noble, con un tren náufrago y noches frescas, donde soplaban el aroma a un futuro próspero y panes recién horneados. Cruzaron el parque y su frondosa anacahuita. A lo lejos, se oía la cotorra de doña Ciana reclamando la cena:

—¡La comida de la Cuca! ¡La comida de la Cuca! ¡La comida de la Cuca!

Caminaron frente a la iglesia y Marcia se persignó para garantizar la protección de su familia. Pidió en secreto que la próxima película fuera mejor. Llegaron, todavía tomados de la mano, a la casa pequeña y azul donde han vivido por veinte años.

Fico era feliz y allí lo era más. Estaba casado con la mujer que amaba. Tenían juntos una casa pequeña pero acogedora, propia y azul. También tenía un buen trabajo, con un jefe comprensivo y bueno. Tenía una hija, un nieto y un palomar lleno de palomas.

Sin embargo, luego de quince años en la cabina de proyecciones y más de trescientas películas proyectadas desde la altura, sentía una culpabilidad y una mortificación terrible cuando una historia mal contada arruinaba tanto la satisfacción de la audiencia y, de paso, el negocio de don León.

El sol ya comenzaba a despertar los aromas del polen y las frutas. Los limones dulces soltaban su olor indeciso y delicioso, los mangos enrojecían un poco y los tamarindos y anones

simplemente maduraban más con la primera luz de la mañana. El olor a tierra húmeda se mezclaba con el de los huevos pasados por agua y el humo de las yucas ya servidas en la mesa.

Fico se introdujo en el día como si entrara en el agua. Los pies primero, al contacto del piso frío. Luego la cintura, que se elevaba noventa grados y por fin el cuello y los ojos. Un poco más perezosos, pero al final era parte de aquel rito de despertarse. El baño y a vestirse. Se sentó en la mesa con su mujer. Acompañaron la yuca y los huevos y tomaron el jugo de naranja y el café negro.

—Voy a casa de mi hermana en Lacey —le anunció ella.

—¿Sí? acuérdate de llevarle el dinero.

—Fico —protestó Marcia—, no seas tan terco. Eso fue un regalo, no un préstamo.

—Marcia, déjame a mí manejar esto. Que en esta casa nadie cumplió años y estamos a tres meses de Navidad. Aquí no se le está mendigando a nadie. Dinero que se debe, dinero que se paga.

Marcia sabía lo definitivo en aquel tono de voz lleno de orgullo, testosterona y disciplina. Tomó el dinero de la mano de Fico, que todavía estaba extendida por encima de las yucas humeantes. Él terminó de beber su café de un sorbo y enderezó el cuello de su camisa.

—Voy a casa de don León.

—Fico, amor, ¿tan temprano a donde don León?

—Con esa película no llegamos a fin de mes.

—Pero Fico, ¿qué quieres decir con “llegamos”? Eso es problema de la distribuidora y de don León. Tú eres el encargado de proyectarlas, si el cine se llena o no, eso no es asunto tuyo. Tu sueldo viene con película buena o película mala.

—¡Mujer, déjame! ¡Cómo no va a ser esto asunto mío? ¡Déjame! —Se levantó de la mesa, lento pero enérgico, y se metió en el baño con la cara angustiada y molesta.

Marcia sabía que no podía hacer nada para impedirlo. Fue recogiendo los platos y las tazas y llevándolas a la cocina. Él salió de nuevo al comedor, con el sabor a menta de la pasta dentífrica todavía posado en la lengua, se paró recto, casi militar frente a su mujer, que se daba por vencida y ahora lo miraba con la dulzura

del que ha amado a la misma persona por treinta años.

—En la tarde voy a subir a Villa a ver a Rosario —le dijo Marcia que seguía con la taza de café en la mano.

—¿Sí? Recuerda que la primera tanda es a las cinco y quince.

—Lo sé, bajo antes de las cinco.

—Le mandas un beso a mi niña. Pregúntale si se dieron las cepas de plátano que le mandé —Los ojos de Fico se ablandan cuando escucha el nombre de su única hija—. Y anda, llévale guayabas a Juan Tomás —le señaló con la mirada el guayabo del patio donde su nieto pasaba horas marotiando y jugando en cada visita. Besó a su mujer en los labios, en la mejilla y en la frente, se puso el sombrero y se despidió.

Doña Rosa abrió la puerta y asomó la cabeza cautelosamente.

—Buenos días, doña Rosa —dijo Fico y se quitó el sombrero—. Perdone que madrugue, pero tengo que hablar con don León. Es algo importante. Y de nuevo, perdone la hora.

—No hay problema —le dijo doña Rosa, que sí tenía problemas con las visitas a deshora—. Entra y siéntate, que te lo llamo.

La escuchó llamarlo con una voz suave y melódica, que a pesar de su volumen no llegaba realmente a ser grito.

—Ya viene —le dijo.

—Este hombre es intachable, perfecto —pensó Fico cuando lo vio bajar las escaleras, con su camisa azul celeste recién planchada, su pelo aplastado contra la cabeza con algún producto francés, su colonia importada y afeitado, como si nunca hubiera habido un pelo en ese rostro.

—Buenos días, Fico, ¿quieres café?

Fico se había parado de la mecedora y estrechaba la mano de don León. Pensó que admiraba a ese hombre y que agradecía trabajar para él.

—Sí, gracias —y aunque no quería café, sabía que era malos modales el negarse. León le pidió café a Anadina, que reaccionó como si la orden fuera un botón de encendido. Los dos hombres se sentaron y comenzaron a mecerse lentamente, mientras las maderas de ambos muebles crujían.

—Tenemos un problema con la película nueva.

—¿Cuál problema? —preguntó el dueño del cine.

—Don León, con su perdón, pero es una película muy mala. Es un clavo. La gente no está contenta. Me extrañaría que esta noche fueran más de veinte.

Carlos León Ortega levantó las cejas y torció la cabeza hacia un lado.

—Bueno Fico, pero ésa es la película que hay... Lo más que puedo hacer es llamar a Carrero en la capital a ver si me adelantan la otra un poco. Eso es lo más —dijo resignado.

—Bueno, si usted me lo permite, don León, en lo que llega la otra, yo tengo una idea. Porque el problema con esta película es el final. ¿Usted se acuerda que eso mismo nos pasó con “Un mono en invierno”, la de Jean Paul Belmondo?

—Sí, sí, claro que me acuerdo. Ni siquiera porque le rebajamos el cincuenta por ciento a las entradas —se lamentó como si reviviera de nuevo la tragedia del actor francés—. Bueno Fico, ¿y qué sugieres?

Fico sonrió orgulloso y avergonzado, como si la pregunta validara su idea.

—El problema con esta es el final. Imagínese que matan al protagonista ya casi cuando se está terminando. ¿A quién se le ocurre eso? Si usted me lo permite, yo puedo arreglarla.

—¿Pero cómo vas arreglarla? ¿Cómo se arregla eso, hombre? La película es así, nosotros no hacemos películas, nada más las ponemos en el cine y cobramos por ir a verla.

—Bueno, don León —dijo Fico y bajó la cabeza—. Yo puedo cortar el negativo y quitarle algunos cuadros. Por lo menos en el final. Imagínese, don León, que el tipo viene bajando en su motor, y ya casi cuando la gente está por comenzar a aplaudir, se atraviesa un camión y se lo lleva de encuentro. Yo puedo quitar esa escena, justito ahí, antes de que llegue el camión. Además, esa escena está mal filmada, no es bonita, le estaríamos haciendo un favor al director.

—Hum —dudó don León.

—Por lo menos esa escena. Aunque hay otra por ahí, a media película, donde la muchacha se para en el balcón del hotel y la brisa le levanta la falda. Esa escena, que se le ven un poco los muslos a la muchacha, ¡y linda que es, don León, linda la muchacha!, esa escena yo la pondría más por el comienzo, para que la gente se vaya emocionando, porque ahí es que está el truco, en la gente, no en la película. Esa dos escenas, una cortada y otra movida, yo creo que pueden ayudar a la película y al cine, por supuesto. Claro si usted me lo permite, don León, sólo si usted cree que es buena idea. Si no, nada más puedo quitarle el final y ya, lo de la muchacha lo podemos dejar así, aunque también está la parte en que Yón, así es que se llama el tipo, don León, el bueno, la parte en que Yón se está peleando con uno de los malos y el tipo le da un puñetazo ahí mismo, en la boca, yo también cortara eso. No hay que ver eso, no hace falta. Yo le digo que la arreglo, por lo menos un poco, para que la gente vaya. Si usted me da permiso don León, yo la arreglo y lleno el cine.

La cara de León se quedó inmóvil. Como si hubiera escuchado el canto de un pájaro o el viento pasar por entre las hojas. Como si Fico hubiera tarareado una canción sin letras o recitado un verso en sirio. Se quedó con la mirada pegada en una de las paredes blancas de la casa y se siguió meciendo en un ritmo lento, con el sonido chirriante de la madera.

—Fico, hombre, esa película hay que devolvérsela a Carrero en menos de tres semanas, y Carrero tiene que devolverla a los mexicanos, ¿cómo vamos a cortarla?, ¿tú estás hablando en serio?

—Con su permiso don León, pero yo la cortaré, como le dije, porque esas escenas arruinan la película. Antes de devolverla la pongo otra vez como estaba, arruinando de nuevo la película, pero salvando el negativo.

León escuchó meciéndose lentamente. Anadina llegó con el café en una bandeja y los hombres bebieron en silencio. Fico pensó que el café de Marcia era mejor, pero éste tampoco era malo. La cafetera sacó a don León del asombro y lo devolvió a la propuesta de Fico.

—¿Y tú dices que es como la de Belmondo?

—Peor, le digo, que no creo que esta noche vayan más de veinte. Y mañana dudo que lleguemos a diez. Don León, yo tengo quince años trabajando para usted, he proyectado más de trescientas películas, y le digo que esta si no la arreglo no va nadie al cine.

Don León rió como un niño. Su sentido del humor, a veces opacado por la seriedad que prestaba a los negocios, era gigante y legendario. Cuando niño disfrutaba inmensamente jugarle bromas a sus amigos. Como el velorio que organizó para Juan López, cuando se fue a bañar al río un domingo por la mañana. Juan volvió a su casa y encontró el luto y el llanto, y entró por el callejón para no interrumpir.

Una tía vieja lo vio por la ventana de la sala y casi se muere de un infarto con la aparición del muerto. Esa broma casi lo mete en la cárcel. Otro día por poco mata a Ciana, cuando colocó un ratón de goma en el lavamanos y algunas tardes, en los comienzos del Maritza. Soplaba polvo pica pica en el aire y veía desde la cabina el lío que se armaba entre rascadera y maldiciones.

—¡Dale! —le dijo don León.

Fico volvió a reír como si tuviera doce años. Cuando reía, Carlos León perdía el porte de caballero europeo. Sólo cuando reía.

—Hagamos la prueba. Si alguien que la vio ayer pregunta, le dices que ésta es la versión francesa.

A Fico se le iluminó el rostro. Los dos hombres parecían niños elaborando un plan secreto para desenterrar un tesoro.

—Claro, don León, como usted mande. Ya verá que la arreglo —dijo y rió con la ingenuidad de la verdadera alegría.

—Bueno hombre, vamos, que comenzó el día, andando —dijo León y bebió el café que quedaba en la taza.

Fico salió de la casa y don León se sentó a la mesa para desayunar.

—Anadina, por favor, traiga más café —dijo y volvió a reír una risa aguda y cortada.

—Rosa, el desayuno está en la mesa.

Doña Rosa salió de la habitación y se sentó al lado de León. Le sirvió huevos, pan tostado y jugo de lechosa.

—¿Quieres leche? —preguntó ella con su voz suave y melódica, casi cantando.

—No amor, gracias —y volvió a reír como si oyera un chiste colorado en su cabeza.

—¿De qué te ríes, León?

—Nada, nada, Rosa.

Anadina entró con el café y lo sirvió en dos tazas.

—Los muchachos se fueron temprano a la escuela —le informó doña Rosa—. Silvano quería hablar contigo.

—Lo veo después de la escuela. Rosa, vamos al cine esta noche, están pasando una película nueva, una versión francesa. Vamos a la tanda de las siete y media, ¿quieres?

León volvió a reír, ahora con más ganas, con la incredulidad del que acaba de oír que los puercos son camaleónicos. Tomó el segundo café del día y pensó, sin dejar de reírse y ante el asombro de su esposa, que era el hombre más feliz del mundo.





ESE AÑO COMENCÉ A ESCRIBIR LA NOVELA

Llegué a Nueva York meses más tarde que Ahmir y todo el grupo. De mi clase, por lo menos nueve habíamos conseguido la forma de llegar al Norte. Unos con becas, otros con papeles gringos y otros con glamouroso y simple cash.

Créeme, me la pusieron difícil para lo de Nueva York. El director de La Colonia decía que yo era “muy volátil” para una ciudad como Nueva York. Y mira tú, después de seis años, ¿quién queda? ¿dónde están todos lo pendejos con becas y dean list y qué sé yo qué otra mierda? Me, that’s who. No me fue tan mal. ¿Sabes que Aidita fue la única que desde el principio creyó en mí?

Fue la única que pudo ver a través de mí. Para ese tiempo yo andaba con Fúser y Aidita mía fue la única que vio que detrás de toda la mierda había poquito menos mierda y algo de luz. Aunque después, ¡claro! la convencieron que en realidad yo era damaged goods. No, no es que me reste culpa, pero tampoco ayudaron los pendejos.

El caso es que cuando llego a Nueva York, par de meses más tarde, tenía instrucciones precisas de cuanto autoridad existía de “ni siquiera acercarte a Aida Moranges más de treinta metros”, ¿comprendes? O sea ¿tú sabes qué quiere decir eso? Mira, treinta metros es como treinta veces tu altura hoy, aunque cuando leas esto sé que no va a significar ni mierda.

Pero no solamente era la piscina olímpica que tenía que dejar entre Aidita y yo, si no que alejarme de ella significaba alejarme de todo el grupo. O sea, ni con Ahmir, ni con nadie. Porque claro, todos andaban juntos, hacían sus bonches “Coloniales”, sus sancochos en casa de fulanito o que si hay un coro en casa de quesiyوقيén. Y nada, el Milán perdido en Nueva York. Pero, ¿te digo algo? Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Esa ciudad está llena de todo. De lo que te imagines. Está llena de chinos, de pizza, de rusos, de taxis, de nazis, de locos, de punks, de drugdealers, de actores, de putas, de letreros, de humo, de palomas, de palomos, de parques, de teatros, de maricones, de asesinos, de universidades, de restaurantes mexicanos, de homeless, de trenes, de ventanas, de burritos, de sobrecitos de ketchup, de aire, de monedas de veinticinco centavos, de computadoras, de sillas, de lo que te de la gana.

Y yo, con toda esa mierda ahí afuera, básicamente me tranquilé en un sótano de New Jersey y me saqué al diablo. Así como lo oyes, el diablo mismo, por eso cada vez que ahora pienso en el “Milán you are the devil”, de Rachel, me da frío en la médula de cada hueso. Estoy casi seguro que algo me habrá quedado, alguna carreterita de mierda habrá dejado. Alguito se habrá quedando rodando por ahí por la venas, con la sangre.

Te juro que a veces lo siento que me llega al arco del pie, o me sube a las clavículas o al ojo, pero por ahí anda. Y ahora también debe andar en ti, ha!, Qué cagada ¿eh? Pero después de todo me saqué el diablo. Cuando el diablo se quedó sólo conmigo, atrapado en ese sótano se debió haber aburrido más que el carajo. Fue la única forma de sacarlo, si lo hubiera sabido antes.

¿Comprendes? Satancito de mi vida necesitaba andar suelto en Nueva York. ¿O qué tú crees? ¿Qué toda esa mierda que hay

en esa ciudad y él se iba a quedar ahí, cerrado en un estudio de 20 pies cuadrados y yo comiendo mierda disque “encontrándome”? No, salió corriendo, claro que yo tuve que darle algunos empujoncitos, porque tampoco iba a dejarme así por así, después de todo es el Diablo.

Pero al final me quedé sólo, sin diablo, sin Fúser. Era extraño. Me daban ganas de llorar por cualquier cosa, creo que estaba llorando lo que debía. O tal vez me entraba un miedo terrible de encontrarme. Porque te digo algo, nunca me había visto así, como en una lupa. Señoras y señores, ahora el señor perdido va a encontrarse con su reflejo. Mírenlo como llora. Es patético.

¡Diviértanse! Así que ya ves, quedarme sólo me sirvió para encontrarme. Pero más importante que eso es que era para que nadie lo supiera. En solo tres meses en Nueva York me saqué el diablo, ¡y en su territorio! ¿o tú te crees que lo de que fuera un sótano fue coincidencia? Era bajo tierra, en su campo, six feet under, my friend!

Salía del sótano para ir a clases y para trabajar. Luego volvía bajo tierra y me ponía a pintar o a escribir como loco. Nunca he sido tan productivo como en esos dos años. Todavía se venden piezas que hice en Nueva York hace tres años. Además, con lo de los picoteos, acabé aprendiendo carpintería y algo de plomería.

Si miijo, tu viejo, por más que ahora no lo parezca, fue plomero. Y carpintero y recogí basura y demolí paredes de ladrillo con una mandarría del tamaño de tu cabeza y veinte mil otros trabajos de mierda. Pero, ¿sabes qué? Me alegro. Porque cada vez estaba más sólo. Era como una máquina. Dormía, meaba, comía, trabajaba, escribía, cagaba, leía, comía, dormía. Hacía todo solo. Y todo ese tiempo de estar conmigo fue lo que me dejó organizar las cosas aquí adentro. Casi me vuelvo biólogo de tanto husmear dentro de lo que yo no sabía qué era.

Era como un expedicionario en las cuevas más peligrosas del mundo. No vi a Aida más que par de veces en esos dos años. Y nunca a menos de diez metros, me robé veinte, porque tampoco los iba a dejar joderme así, ponerme números, pero diez, eso fue

todo, y no porque quisiera, porque cada vez que intentaba cruzar esa barrera imaginaria sentía en el pecho un dolor increíble.

El peso de un elefante oprimiendo mi esternón contra mi columna; Green Eyes was gone, but so was Dark Soul! En ese estado de abuso de lucidez, escribí más que nunca antes en mi vida. Hoy pienso que los días debieron haber sido más largos en ese entonces. Hacía mil cosas. Los segundos eran largos como una caña.

Pero la ironía es que en ese año, el 2000, en el comienzo del tercer milenio, me saqué un fantasma, pero acabé creando otro. ¡Ja! ¿Viste que siempre hay una forma de que las cosas salgan mal? Y este no era un truco del diablo, como pensé al principio, esto era magia negra hecha en casa, local poison my son. Ese año y por ese exceso de lucidez, comencé a escribir la novela.





AMBICIONES I

Era un niño vivo y pequeño. Más pequeño que los otros que también tenían ocho años y que buscaban, como él, la forma de sacar un dólar del bolsillo ajeno y pasarlo al suyo. Tenía en la mano su caja de limpiabotas, que en la playa de Las Terrenas, donde todos los pies andan descalzos y metidos en la arena, era inútil.

—Quiero ser un señor importante —me dijo—, quiero ser rico.

—¿Qué quieres ser, pelotero? —pregunté conmovido.

—¿Pelotero? No, uté ‘ta loco. Yo voy a ser pastor. Así se suda menos...

Se alejó por la playa meciendo su caja de limpiabotas, ensayando una pose dramática y ceremoniosa, con un dólar más en el bolsillo.



AMBICIONES II

Ya en la cola del setenta, todavía tiene el guante en su mano izquierda y el bate sobre las piernas. No pudo batear y su equipo perdió cinco carreras por una. En su cara era imposible distinguir el sudor de las lágrimas. Con la voz cortada le juró a su madre que el próximo sábado daría un jonrón. Ya no tiene once años. Tiene veintisiete y todavía piensa que si aquel sábado, o cualquiera de los que les siguieron, hubiera sacado la bola del parque, quizás en vez de ser mensajero bajo el sol del mediodía, hubiese sido jonronero bajo las luces y los aplausos del estadio.

Todavía sueña con ser pelotero y en el intento de esquivar el asfalto o una guagua errante, sueña que se desliza safe en el home plate.





MI ABUELO

Mi abuelo, también mi abuelo, ha muerto. Así como nació de mi esposa una nueva Dávalos para poblar la isla y el mundo, Don Ney Perdomo Collado ha dejado la carne.

Mi abuelo siempre fue dulce, justo, honesto, correcto, chistoso, firme, amoroso... Y siempre se preocupó por el bienestar de todos. Incluso en sus últimos días, ya débil y encorvado, tenía en mente cosas que producirían algún bienestar para otros antes que para él.

Aquella noche en Chile, en Atumalal, escuchando todos sus cuentos de juventud, todas sus travesuras y todo el esfuerzo y disciplina que había empleado para llegar a ser el hombre que fue, supe que mi abuelo, ese hombre con la espalda recta y erguida, sería siempre un modelo intachable de persistencia y rectitud.

Han pasado ya seis meses desde su muerte y todavía me cuesta borrar su paso y su sonrisa. Todavía encuentro difícil entender completamente su ausencia terrenal.

Entender cómo alguien existe y de repente deja de existir y el cuerpo, ese compañero fiel, se descompone en materia orgánica, en nada.

Esa cuestión tan difusa, la de la certeza insoslayable de la muerte, elude todavía mi lógica terrenal. Así como aun no entendiendo los principios de la física, me cuesta comprender cómo un avión de 220 pasajeros cruza el Atlántico. El ciclo de la vida es comprensible en todas las especies y hasta en el hombre, pero no en mi abuelo.

Me cuesta todavía comprender cómo mi abuelo, el gran Don Ney, se despidiera de todos el mismo día que lo hiciera el año 2007. Puedo entenderlo en teoría, pero al igual que el socialismo, en la práctica, todo se me complica. Todavía pienso que está sentado en su sofá mirando pacientemente el juego de pelota y leyendo cada recoveco del Listín Diario.

Todavía lo veo buscando su jugo de lechoza en la nevera o abriendo en dos la pulpa blanca de un caimito o sentado en la mecedora del balcón, mirando las lomas santiagueras y hablando con los ojos iluminados del Cine Doble y aquellos tiempos en Moca y el Bar Maritza, donde ser hombre era más simple y sobrevivir era más complicado.

Quizás estas líneas tienen como objetivo por fin sellar su partida en mi memoria. Ese día en que mi abuelo murió lo supe antes de que pasara. Estábamos en Los Angeles para la boda de tío Raúl, y mi abuelo yacía enfermo de cáncer en Santiago. Cerca de las 5 a.m. me levanté y le dije a mi esposa que estaba seguro de que mi abuelo había muerto.

Ella me preguntó cómo lo sabía y yo contesté, de nuevo, que mi abuelo había muerto y lloré con ella. Una hora más tarde llamó Papi para decirnos lo que yo ya sabía y sigo sin entender. La ciencia de la muerte es más que un misterio, es otro idioma.

La muerte habla con señales y palabras y referencias y conceptos que son ajenos a nosotros, los vivos. Así como fuera imposible para un ser bidimensional comprender el concepto de tres dimensiones, así mismo para los vivos, para los que vemos la muerte

desde lejos y con las puertas cerradas, es imposible concebir una vida sin vida... entender la muerte.

Sólo me queda, frente a esta incomprensión tan despiadada, decirle a mi mamá, a mi abuela y a mis tíos, mi deseo de algún día, en alguna parte y en alguien que lleve mi sangre, producir el sentido de orgullo que recrea en mí la memoria de ese gran hombre que sigue siendo, en otra dimensión, mi abuelo Don Ney Perdomo Collado.





HAY TRES COSAS EN LA VIDA QUE MILÁN NUNCA HA PODIDO SOPORTAR

...todo lo que se te extraña,
desde el siglo en que partiste
hasta el largo día de hoy.

SILVIO RODRÍGUEZ

—El bandoneón es como el portugués —pensó Milán Vega. Aunque manden a la mierda a tu mamá, te suena bonito. Y, ¡coño! mucho más si lo toca Piazzola.

Vega sube un poco más el volumen del CD player con la magia del control remoto y bebe otro sorbo de su ron. Tira la cabeza hacia atrás, dejándola caer justo en el borde del sofá de cuero y cierra los ojos como si esperara que algo pasara, sin saber exactamente qué (que suene el teléfono, por ejemplo, que toquen la puerta o que un terremoto le tire el techo encima).

Hay tres cosas en la vida que Milán nunca ha podido soportar: la incertidumbre, el aburrimiento y la sangre. La sangre le da náuseas, le parece una confesión mortal corpórea con la cual prefiere no enfrentarse, pero el aburrimiento tanto como la incertidumbre le provocan lo más cercano a la muerte que conoce.

Porque los dos, tanto la incertidumbre como el aburrimiento, son sensaciones inmóviles, y contra eso, Vega no puede.

No soporta que no pase nada, no hacer nada. Detesta la inmovilidad. El vaso de ron descansa en la mesita de madera a su derecha, al lado del teléfono, que al igual que él, sufre la inercia terrible e implacable de un domingo a las once de la mañana.

Se para de golpe, camina alrededor del mueble, resopla como una bestia de carga y se desploma de nuevo sobre el cuero estirado del sofá. El vacío de esta mañana lo obliga a pensar en ella y siente de nuevo, el familiar y casi olvidado dolor en el pecho. Un dolor vacío y redondo que tiene nombre de mujer.

—El mundo es una porquería, ya lo sé, en el quinientos diez, y en el dos mil también —dice Coyeneche acompañando el bandoneón de Piazzola y a Milán le parece apropiado, le parece buena idea y repite— El mundo es una mierrrrda ya lo sé —y lo sabe, pero le sorprende que Astor Piazzola también lo sepa—. ¡Todo el mundo lo sabe! —piensa y se pega otro trago de ron terminando lo que milagrosamente queda en el vaso.

—Soy un recordador de mierda – Y lo es. Milán recuerda todo y le gusta recordar; vive del recuerdo. Recuerda el teléfono de Luis Abbott, el muchachito transparente e inocuo que vió por última vez en quinto grado de primaria, recuerda el número de su primer carnet de identidad en el año noventa y cuatro, recuerda el número de su carnet estudiantil y el día exacto en que dejó de comer carne.

—Soy un recordador de mierda —se repite y recuerda la primera vez que leyó en un libro de Leonardo Padura ese atributo, “recordador de mierda”, le pareció correcto, acertado, perfecto y lo repitió varias veces. Porque incluso, pensó Vega, hasta suena perfecto, el ritmo de las erres.

—Recorrrrdadorrrr de mierrrrda —una de las cosas que siempre se ha criticado, que siempre ha maldecido, es su facultad para recordar todo, imposibilitando así el olvido, tantas veces buscado y necesitado, especialmente cuando se trata de dolores en el pecho con nombres de mujer. Vuelve a cerrar los ojos y entona, cometiendo el pecado imperdonable de hacerlo sobre Piazzola

y Coyeneche, un bolero de otro maestro, Bola de Nieve, que le parece igual de profético y apropiado:

—No puedo ser feliz / no te puedo olvidar / siento que te perdí / y eso me hace pensar. / He renunciado a ti / ardiente de pasión / no se puede tener / conciencia y corazón.

Lo interrumpe el timbre del teléfono y salta como una mosca asustada. El timbre ha interrumpido su bolero, a Piazzola y la inercia de un domingo hasta ahora inalterable.

—Aló, no, está equivocado señor, que no, que aquí no hay ninguna Dana, está bien, no hay problema —y cuelga con más alivio que encojonamiento. Se sirve lo que queda de la botella de Brugal Extra Viejo y mira su color dorado y de nuevo, recuerda. Se recoge la manga izquierda y mira el tatuaje rojizo que lleva al lado del codo—. Me tatué tu olvido... pero sigo siendo un recordador de mierda.

De un trancazo, se tiró todo el ron que quedaba en el vaso.





ÁRBOLES ROJOS

Hoy, séptimo día, salieron a la misma hora que ayer. Algunos minutos antes, nueve para ser exactos, pero a él le parece que nueve minutos no van a hacer ninguna diferencia. El mister salió primero y calentó el motor del carro por algunos minutos. Tres para ser exactos, que tampoco hacen diferencias pero le divierte ir anotando estas cifras inútiles. Siente que le suman ciencia y suerte a su proyecto.

Luego salió ella, con su pelo hecho un moño redondo detrás de la cabeza y el Volvo XC90 se alejó por President Street, entre el túnel rojizo que construyen los árboles en otoño. Nunca antes ha visto árboles rojos, tan rojos, salvo un flamboyán naranja que estuvo toda la vida frente a la puerta de su casa en Sainaguá.

Tampoco ha visto casas como ésta, ni mucho menos tantas en una sola calle. Se acomodó la gorra de los Yankees y se abotonó el jacket para enfrentar el viento helado, que también conoce por primera vez este séptimo día. Siete días sentado en este banco de

Carroll Park, pretendiendo leer el periódico mientras detrás de las gafas oscuras sus ojos miden cada movimiento en esa casa. Cada luz que se prende o apaga, cada puerta que se abre, cada persona que entra o sale y cada vez que la casa se queda sola y vacía, que según sus notas es todos los días de once a cuatro, separándolo sólo una triste puerta de madera del botín, con el que sueña desde antes de saltar el charco.

—Coño, me voy a meter en una casa —y se encuentra con otra de las tantas primeras veces de este día. No es lo mismo arrebatarle un celular a un tipo desde un motor o arrancarle una cadena de oro a una doña en el parque Independencia, que forzar una cerradura y entrar a la intimidad ajena de una casa.

—El que nació pa' ladrón, del cielo le caen...—no termina de parafrasear el refrán porque no encuentra qué paralelo usar para sustituir los clavos—. El que nació pa' martillo del cielo le caen los clavos —corrige mientras se para lentamente del banco, que ahora es su torre de acecho, y confirma de nuevo las fechas y las horas en sus notas.

Aunque las sabe totalmente inútiles, lo ayudan a montar este drama que le parece cinematográfico y lleno de novedades. Toma el bolso del banco y por fin, luego de estirar las piernas, da por comenzada su misión secreta. Se va a meter en una casa.

—Sí coño, me voy a meter en una casa porque no es verdad que en Nueva York voy a seguir cogiendo lucha. La pobreza y los apagones se van a quedá en Sainauguá.

—¡Comemierdas! —le dice desde otro país a todos los que se quedaron: a los Mello, al Bobby, a Boca Fashion, a Frankie, a Esmelin y a Trucutú—. ¡Comemierdas! —les repite alardeando por adelantado la riqueza que quiere acumular.

Hoy es el séptimo día en que, además de observar y anotar cada movimiento del mister y la misis Fortlouis, se aseguraba también de que el tesoro que se esconde entre las gavetas y cajones de esa casa es lo suficientemente jugoso para su ambición, alimentada a base de televisión por cable y videos pirateados.

—You fuck with me, you fuck with the best —sentencia en voz alta y torciendo la boca hacia abajo hasta formar una “u” invertida.

Abrir la puerta no fue reto alguno. La madera de los FortLouis, con su triste cerrojo Westinghouse, más decorativo que protector, cedió al primer ataque de su pata de cabra. Se compuso la gorra de los Yankees y entró sin hacer ruido. Esperó algunos minutos por algún aviso de alarma, alerta, o cualquier otra señal de peligro.

Cuando se sintió seguro, guardó la pata de cabra en su bulto de nailon azul y comenzó la expedición de reconocimiento. Tenía muy claro qué tipo de cosas buscar y dónde. Sabía que las riquezas más preciadas estarían en el dormitorio. “A los ricos les gusta dormir con su botín, como los piratas”, pensó y se admiró de su astucia.

Y es verdad, a los ricos les gusta dormir cerca de sus joyas, su dinero, sus títulos de propiedad y todo lo que quepa en la seguridad de la caja fuerte del dormitorio principal. Hay cosas cotidianas que no son consideradas como tesoros por los FortLouis, pero que a él bien pudieran sacarlo de la pobreza con una sola venta.

El estéreo, por ejemplo, la plata de los cubiertos o la colección de compactos. Pero esta noche, en este país, con este viento helado y estos árboles rojos como candela, sus ojos y su ambición están puestos en valores muy por encima de cubiertos y compactos. Desea los aretes de diamantes que la señora llevaba puestos el tercer día, o el reloj de oro que el mister llevaba cuando salieron la noche del quinto, el collar de perlas y por supuesto, la riqueza en su estado natural, como debe ser: ¡el viejo cash!

Hechó un vistazo rápido al primer piso. La mesa del comedor con ocho sillas de madera acebrada y la lámpara de lágrimas de cristal colgando en el centro. Todo el primer piso parecía estar cubierto por una manta rojo vino: burgundy, como le dicen los gringos. Las escaleras de madera también tenían ese sabor rojo de la caoba, al igual que el armario donde los FortLouis guardaban la vajilla. La alfombra persa de la sala y los muebles de cuero, tenían también alrededor esa luz rojiza y cálida.

—Coño, me metí en una casa —se dijo casi reprochándose. Porque una cosa es pensarlo, planearlo, apuntar cifras y números

en un cuaderno, y otra era verse ahí, ajeno a todo eso, profanando la intimidad de los otros. Al cruzar esa puerta que violó con tanta facilidad, comenzó a sentirse juzgado. Ladrón es ladrón.

—Coño, ya estoy adentro, ni modo que ahora me eche pa' atrás. ¡Comemierdas! ¡Comemierdas! ¡Comemierdas! —repetió pensando en los que se quedaron.

Subió las escaleras observando los retratos que cuelgan paralelos a los peldaños. Mister y misis Fortlouis eran una pareja joven, a pesar de que el apellido y las riquezas los hacían parecer abuelos. El mister podía tener treinta y seis o cerca, y ella, treinta como mucho. En esas escaleras se iba contando, casi cronológicamente, la historia gráfica de los Fortlouis.

En uno de los retratos aparecían en sus trajes de boda. Él agarrándose las manos a la altura de la cintura y ella, a su lado, sosteniendo un ramo de flores blancas cerca de su pecho. Más arriba, una foto de los dos tirados en la arena en alguna playa fría, pues los dos tenían bufandas y gorros.

Otro peldaño más arriba estaban los dos abrazados en otra playa, ésta sí como las que él conocía, con el sol resplandeciente y el cocotal de fondo. Ella llevaba puesto un bikini rojo y él una bermuda amarilla con dos franjas azules de cada lado. Pensó que ella tenía el ombligo más hermoso que jamás haya visto. Un ombliguito superficial y nítido, como fabricado con una perforadora de la papelería.

Esa playa sí era de las playas en las que él, además de robarse dos o tres carteras, había compartido con Bobby y Boca Fashion, durante una adolescencia llena de episodios sexuales con gringas como las misis o alemanas o españolas, y había experimentado por primera vez, en vagina extranjera, los deseos de emigrar que hoy lo tienen en esta casa de Brooklyn.

En la próxima fotografía, está la pareja sentada a la mesa, con los que pudieran ser los padres de él o de ella, compartiendo una cena y una botella de vino. Todos sostienen su copa en alto. Quizás brindando por el futuro de la pareja. Dio dos pasos atrás y volvió al retrato de la playa, cuando lo atacó un golpe de nostalgia.

—Coñazo, y yo robando en casa ajena —Se quedó mirando atentamente la foto. En primer plano estaban ellos dos, abrazados en sus respectivos trajes de baño. En el fondo, la multitud de piel oscura constituía un mercado reconocible a primera vista.

Esta foto había sido tomada en Boca Chica, no había duda. Reconocía las sombrillas verdes sobre las mesitas blancas. Reconocía esas matas de coco, ese mar azul turquesa y esa luz inconfundible de Boca Chica que podía transmitir, incluso desde una fotografía, el aroma a pescado frito y aceite refrito a orillas del mar.

Reconocía el grupo de muchachos sentados, casi imperceptibles, fuera de foco, en la esquina superior izquierda de la fotografía. Eran cuatro, sentados alrededor de una mesa redonda. Se acercó más al retrato, tanto que empañó el vidrio con su respiración. Frotó suavemente el cristal con su manga y miró fijamente.

—Coño, y yo aquí con este frío, qué comemierda —Se quedó mirando al grupo de cuatro y comenzó a sentir que algo muy parecido al pánico, pero mucho más sutil y mañoso le subía por la cintura y se expandía en un radio de trescientos sesenta grados.

—¡Coño, pero si ése... nooo...! —Tuvo que sentarse en la escalera, con el retrato en la mano para confirmar, que sí, que sentado con los cuatro y con la gorra de los Yankees estaba él mismo. Era una foto de los Fortlouis y él con su gorra azul marino.

Estaba allá, en Boca Chica, con otros tres, y miraba quién sabe por qué carajo directo al lente de la cámara. Sintió escalofríos, temblores en cada vértebra y una incredulidad que lo llevaba a mirar la fotografía una y otra vez, con intervalos de un segundo, frotándose los ojos para deshacer esa ilusión óptica del destino. No había duda, aquí había intervención divina.

—Coño, pero yo no puedo hacer esta vaina. ¿Cómo voy a robarle a esta gente que tienen colgada mi foto en su escalera, junto con las fotografías de su boda, de sus padres y de ese hermoso ombligo? ¿Cómo después de este milagro, porque esto es un milagro, puede profanar este templo? ¡Coñazo! ¿Quién te manda a estar de pendejo mirando fotos? ¿Acaso a eso fue a lo que viniste, a mirar fotos?

Se sentó en un escalón con el bulto de nailon entre las piernas. Se balancea en un columpio entre la moral y el profesionalismo que lo perturba.

—Yo no puedo seguir en esta lucha, coño, mano, e ‘jarto que ‘toy de la olla —y, por otro lado—. Pero e’ que ‘tá raro mi hermano, porque ¿tú sabes lo qué es jayarse una foto de uno mismo con to’ lo’ pana, justo en la maldita casa que uno va a robar? O sea, no ‘mano, que no, que eso no ‘tá bien, eso no puede ser.

Regresó su nariz al retrato. Mientras más se acercaba, mientras más lo miraba, podía ver más claramente su gorra azul con letras blancas, su bigote escaso y suave, y sobre todo, su mirada clavada en el lente de la cámara que se encargaba de crear un espejo entre los dos tipos con la misma gorra que no se dejan de mirar.

—No mano, no. Yo lo siento pero no puedo, yo me voy de aquí. Mierda pa’ esta foto y pa’ los Forlouis pero yo me voy de aquí, e’to tá rarísimo—. Recogió su bulto y acomodó la foto que colgaba torcida en la pared. Sacó del bolsillo de su pantalón una felpa negra, con la que había ido tomando sus notas y apuntes, y dibujó un círculo sobre su cabeza retratada por el lente de los Fortlouis.

Pensó que era una pena que hubiera tenido que romper la puerta. Tal vez los Fortlouis, nunca se habrían dado cuenta de que alguien entró en su hogar y se preguntarían para siempre quién dibujó un círculo bordeando una cabeza casi invisible en la foto de Boca Chica.

Se sintió como Ricitos de Oro y no pudo evitar reírse. La misis llegaría a las cuatro a la casa y encontraría todo un espectáculo en su puerta. Se escandalizaría y llamaría a la policía para luego descubrir que no le habían robado nada. Que no le faltaba nada, que además de una puerta rota, todo está en su lugar, pero que hay una foto colgando en la pared con una cabeza circulada con felpa negra.

El mister llegaría como a la seis, antes, si ella lo llama con la noticia de la puerta violada. Llegaría más tranquilo que ella. No se pondría histérico ni armaría escándalo. Porque se sentiría protector de su morada y su mujer, y asumiría el episodio con celo y

cautela. Observaría desde la puerta todo Carroll Park y President Street en busca de un sospechoso.

Porque él, el hombre de la casa, se aseguraría que esto no pasara de nuevo y ella lo abrazaría y al día siguiente, con una puerta nueva, todo volvería a la normalidad. Pensó en todo esto y sintió que se debilitaba la culpa que la fotografía había engendrado. Sacó el cuaderno del bolsillo trasero de su pantalón y lo depositó junto con la felpa dentro del bulto.

Abrió la puerta despacio y asomó la cabeza a la calle cuando escuchó, cada vez más cerca, las sirenas de policía que atravesaban a toda prisa el túnel de árboles rojos.





TEATRO DE CÁMARA I. MILÁN & AIDA

"I know not what passion,
Devouring, bewitching,
Lead me to your arms,
What languor seizes my whole being!

MARGARITE (The Damnation of Faust, Berlioz)

(Los dos personajes están sentados en un parque, de espaldas y separados por un árbol. El banco de Milán es rojo y el de Aida negro.)

Aida:

¿Dónde estabas?

Milán:

Estaba por ahí. Escribiendo en la fuente.

Aida:

Milán, por favor, dime la verdad ¿dónde estabas?

Milán:

Estaba escribiendo en el río. En la orilla. No me sentía bien y bajé como a las cuatro.

Aida:

¿De verdad?

Milán:

De verdad. Te lo juro.

(Aida se levanta y revisa todo el entorno, como si buscara a alguien. Se le ve celosa. No lo dice, pero se le nota. También es obvio que tiene miedo. No piensa que le vaya a pasar algo malo. Que se vaya a caer por las escaleras y a romperse la columna o que lo morderá una serpiente y lo arrastrará a las profundidades del río. Le preocupa que lo muerda otra mujer y lo arrastre a otra cama. Aunque Aida está casada, le aterra la posibilidad y más que nada, el no poder reclamarle nada. Le preocupa que su boca roce otra espalda, que sus manos aprieten otras nalgas. Se muere de celos. Le parece ridículo, pero no está en su control. Le arden los hombros y el pecho cuando él no está.)

Aida:

Me hiciste falta.

(Lo abraza una y otra vez. Siempre con más fuerza.)

Milán:

Tu también, mi niña, mucha. Me fui al río porque contigo cerca no puedo escribir. No me concentro. Sólo pienso en ti. En tu boca. En ese huequito que tienes ahí.

(Milán pone su dedo en la hendidura que se forma cuando se juntan las clavículas. Aida le pone un dedo en los labios.)

Aida:

Milán, Milancito mío, ¿por qué me quieres tanto?

Milán:

Hay una canción de Mocedades que Mami siempre tocaba cuando era niño. Dice algo como “Te quiero, no preguntes por qué ni por qué no, te quiere el corazón”. Te quiero porque no conozco otra forma de vivir. Te quiero porque si no te quiero a ti no querré nunca a nadie. Te quiero porque eres Aida, mi Aidita Moranges. Te quiero porque te quiero. Te amo Aidita.

(Aida recuerda que Milán le había confesado que tan fácil era decir I love you, pero decir “te amo” era como parir un dinosaurio. Sin embargo ahí estaba. Sembrado como una caoba centenaria, estampado en el aire: “Te amo Aidita “. No sabía si creer, callar, responder, gritar, besar o cagarse de risa.)

Milán:

¡Aida!

(Milán habla sin fuerzas, un poco exhausto por lo que viene.)

Milán:

Aidita, yo sé que he sido un hijo de puta. Yo sé que en la cabeza no cabe que un tipo así, se merezca una segunda oportunidad. Pero amarte con este pecho, con estos brazos, con este bolígrafo que traduce lo que siento, es una misión del instinto. Un acto de supervivencia. Te amo o me muerdo .

(Aida lo mira y quiere besarle, quiere abrazarlo y decirle que también lo ama, que también lo desea, que también se muere por saltar de esa torre tan alta donde está él esperándola, invitándola a saltar. Aidita Moranges lo mira y se aterra. Porque sigue recordando ese sabor a cobre en la boca. Ese dolor que hace seis años Milán sembró ahí mismo donde antes puso su dedo. ¿Y que debe de hacer Aidita? ¿Debe escuchar la voz de ese dolor o la voz de un corazón que le dice que lo bese, que salte, que no sea pendeja? Aidita no tiene idea ¿quién podría?)

Milán:

Aidita, moveré el universo si es necesario. Te amo, te amo coño, te amo como el último día de mi vida. Y sé que tú me amas, aunque no lo digas con la boca, lo dices con los ojos, me amas y te amo. Eso es todo lo que hay que saber. Es la primera oración de la novela, el resto la escribimos juntos.

Aida:

Si Milán, te amo. Pero me da un miedo grandísimo. Porque es jugárselo todo a rojo o a negro. Es jugárselo todo a un sólo color. Y la última vez que hice eso, me quedé invisible, me hice mierda.





LA SENTENCIA

Mientras el juez dicta, en inglés, la orden de encarcelamiento por narcotráfico y homicidio en primer grado; su defensor, un abogado flaco, exprimido y cansado que asignó el estado, le dió tres palmadas en la espalda. Pensó en la yola saliendo de Nagua, hace casi tres años, y sintió el sabor del agua salada en el cielo de la boca.

Pensó, entre una nostalgia y un miedo explosivos, en una bandeja de tostones sobre la mesa de plástico cubierta por un mantel rojo, también plástico, en el comedor de su casa. Pensó en una melódica bachata debajo del árbol de limoncillos y volvió a sentir, como si fuera la primera vez, la rabia llorosa que le hace rechinar los dientes y rechiflar los tímpanos.

—Comemierdas —lo que realmente quisiera decir es pendejos. Ninguno aceptó subirse con él en esa yola y brincar de la media isla a la isla completa.

Esa noche, en la arena, casi sesenta personas, la mayoría mujeres, se apretujaron entre el miedo y el asco con la esperanza de

estar en Puerto Rico en uno o dos días. Sintió de nuevo el sabor a sal y esta vez también un olor a axila y carbón que le dió náuseas.

Creyó que iba a vomitar en medio de la corte. A los ojos le llegó la bomba lumínica del flash de una cámara y recordó el sol y la espuma. El capitán de la yola era un hombre de bigotes elásticos y los ojos pequeños como guandules. Se llamaba Reynaldo Cabrera y era un flaco hijo de puta. Rey, en combinación con un cuñado, era cómplice de lo que sería otro titular de primera plana en El Caribe.

Cerca de las tres de la mañana, tres hombres empujaron la yola de dieciocho pies de eslora y dos motores fuera de borda al agua. Las mujeres subieron primero. Luego los niños y al final los hombres. Hacía frío y aquel mar que parecía una gelatina oscura les dio miedo. Dos hombres remaron, primero apoyándose contra la arena, hasta que se alejaron quizás media milla de la playa.

Rey, ya a una distancia segura, encendió los dos motores y el olor a gasolina provocó náuseas y mareos en los niños. A medida que avanzaban hacia el horizonte, dejaban atrás las escasas luces de la costa y la calma invariable de tierra firme. La yola se estrellaba contra el agua y la espuma blanca salpicaba a ambos lados como un gran vaso de cerveza.

Se acomodó su gorra de los Yankees para protegerse del agua y el frío. Pensó que hubiera sido menos aterrador, si Boca Fashion o Bobby hubieran venido con él. Tenía los pantalones mojados y sentía frío en las piernas. Los niños se durmieron entre vómitos y llantos. Las mujeres oraban, algunas con rosarios entre las manos. Algunas también lloraban.

Los hombres, silenciados por el miedo, se miraban unos a otros, marcando su territorio en pocas pulgadas de espacio, como perros viralatas. El sonido de la madera contra el agua era como un tambor monótono y constante, una explosión mojada. Junto a cada estallido venían de nuevo las aguas blancas de cada lado. Ya no había nada a la vista, más que oscuridad y espuma.

Uno de los hombres sacó de una bolsa plástica una caja de fósforos y encendió una vela que agonizó al instante. Otro sacó una botella de Brugal y bebió un trago. También bebió el tipo de

al lado y bebió el de la gorra azul de los Yankees. El ron encubrió el miedo y los hombres comenzaron a hablar y a reír. Las voces se alzaron y se hicieron ruidosas como si estuvieran en una barra.

Una de las mujeres se quejó de que su hijo no podía dormir con tanto escándalo y pidió de favor —de buena gana, con buena fe—, que bajaran las voces. Tenía miedo. Otro de los hombres, un negro bajito con los dientes grandes y las orejas pequeñas, le dijo que se callara la boca y le agarró una teta. La mujer, probablemente por un impulso involuntario, le metió la palma de la mano en el centro de la boca y le dijo: “¡Viejo fresco!”.

El negro le fue encima. Estaban apiñados unos contra otro cuando se escuchó una fuerte explosión. Hicieron silencio. Con las pupilas un poco acostumbradas a la oscuridad negrísima, se podía ver la silueta de Rey que sostenía una pistola. Luego de aquel disparo al agua, ordenó la calma inmediata.

El negro, indefenso ante el plomo y con su labio y orgullo heridos, se calmó y se limpió la sangre de la boca. La mujer, asustada y llorosa, abrazó a su hijo que también lloraba y tenía mucho miedo, y se metió entre las otras mujeres, cruzando al otro extremo de la yola.

La oscuridad completa, sólida como una plancha de acero, volvió a encender todos los miedos. Él también tenía miedo. Intentó dormir, pero lo sabía imposible. Debía de estar alerta y en guardia para proteger la bolsa plástica con lo poco que traía: un sándwich de jamón, una foto de su madre, un crucifijo supuestamente de oro y su pasaporte virgen.

La luz del sol comenzó a espantar el silencio y la oscuridad, y se vieron, por primera vez, las caras completas y definidas. Los ojos y el labio partido del negro que no podía reconocer a la mujer entre tantas mujeres y tantos niños. Algunas alimentaban a los niños con pan viejo. Una amamantaba un bebé de meses y las más viejas seguían orando, asustadas y resignadas.

El mar estaba tranquilo y suave. El sol fue poco a poco sacando su cabeza por detrás del agua, calentando la madera, el agua y la piel. En el océano no hay noción de distancia o tiempo. Todavía no sabía con seguridad qué distancia habían recorrido cuando

sintió una mano que le arrebató la gorra de la cabeza.

—¡Coño! —gritó encolerizado—. ¡Mi maldita gorra, mi maldita gorra ahora mismo, que si no se jode esta vaina!

Rey, con la calma y la firmeza del que está a cargo, le dijo que se callara, que no hiciera tanto ruido por una jodía gorra y que se sentara.

—¡Tu maldita madre se va a sentar! ¡Me tumbaron mi gorra, mi maldita gorra!

Rey lo miró con sus ojos de hormiga y sacó la pistola de su cintura cansado e irritado por la falta de sueño.

—¿Y ésta? —preguntó mientras ponía el arma en alto—. ¿También le vas a mentar la madre a ella?

—Haz lo que tú quieras con esa mierda, pero que aparezca mi maldita gorra.

Rey le apuntó al pecho. Nadie dijo nada. Los demás se alejaron de él sin ni siquiera respirar, para evitar en tan poco espacio un balazo perdido. Haló el gatillo, pero el arma no disparó, tal vez por el agua y el salitre, o por la mano de Dios, ¿quién sabe?

Rey intentó de nuevo pero otra vez el arma falló. Lanzó la pistola al agua y le fue encima. Los hombres intentaron interceptar el cuerpo de Rey que volaba sobre la multitud, de popa a proa. Él lo esperó con un puño furioso que fue a dar justo en el mentón. Rey cayó al agua. Los hombres se amontonaban y se empujaban unos con otros. Una mujer cayó al mar con su hijo en los brazos. Uno de los hombres se tiró a rescatarla, probablemente también por un impulso involuntario.

—¡Apaguen los motores! ¡Apaguen los motores! —gritaba Rey, cada vez más lejos y más invisible.

Los motores se apagaron y ya nunca volverían a arrancar. La yola, meciéndose en las olas que iban creciendo, comenzó a hacer agua. Uno de los hombres, desesperado, intentó sacar el agua con las manos. Un muchacho lloraba desesperado, llamaba a dos mujeres: su mamá y la virgen de La Altagracia.

Él arrancó uno de los asientos de madera podrida y se tiró al agua. Subió el pecho en la tabla y, sin abandonar nunca su bolsa

plástica, nadó lejos de la yola que se hundía con todos sus ocupantes, incluido el que le robó la gorra de los Yankees.

Las mujeres y los niños lloraban. Algunos de los hombres también lloraban. El sol comenzó a quemarles la piel. El hambre y la deshidratación desataron la hipotermia. Él no paró de mover los pies, mientras su pecho flotaba sobre el improvisado salvavidas de madera. Horas después, gracias a las corrientes o empujado por la mano de Dios —¿quién sabe?— llegó a tierra.

Días más tarde, leyó en el diario que diecisiete náufragos habían sido rescatados por la guardia costera estadounidense y que todavía era imposible calcular el número de muertos. Leyó que entre los desaparecidos, según testimonios, había mujeres y niños. Leyó que era una tragedia.

Sigue recordando y la boca le sabe a sal. Siente las rodillas debilitarse y admite que le costará ponerse de pie cuando el juez termine de hablar y los federales los escolten de vuelta a la celda.

—¡Comemierdas! —piensa y siente odio hacia Rey y hacia el anónimo ladrón de su gorra.

—¡Comemierda! —piensa y siente ganas de matar otra vez al boricua maricón que le tumbó la coca.

—¡Comemierda! —dice esta vez en voz alta, mirando de frente al juez y su túnica negra.

—¡Comemierda! —repite, pero esta vez todos se dan cuenta que lo dice como si se mirara en un espejo.





B.A.

Alfredo Barrientos borró completita su novela Ciudad de tiempos. También borró con la goma de un lápiz cada poema que le escribió a la ciudad de Santiago de los Treinta Caballeros y todos los teléfonos de bellas damas que apuntaba a diario en su libretita de direcciones.

Alfredo comenzó por pura casualidad borrando una línea que dibujó en la pared de su dormitorio con un pedazo de tiza roja y ya no pudo parar. Le gustaba el olor de la memoria, estaba convencido de que sus textos eran mejores en la memoria que en el papel.

Borró el número de su casa y el nombre de su calle. Borró el nombre en su carné de identidad y su tipología sanguínea. Borró un lunar que llevaba en el medio de la frente y su reflejo en el espejo. Borró los titulares de los periódicos, tres canales del cable, la cola de su perro y un gran letrero que prohibía pintar letreros en el muro de enfrente.

Nosotros, sus amigos, nos fuimos percatando de que ya casi no podíamos distinguirlo ni a un metro de distancia. Un día vi

un ser blancuzco, mucho más que albino, que cruzaba la calle y resultó ser Alfredo. Se estaba tornando en un fantasma borroso, en una mancha transparente. Sabíamos que era Alfredo porque continuaba borrando todo lo que se atravesaba en su camino.

Nos juntamos todos, El Flaco, Tommy, Cape y yo. Planeamos terminar de una vez y por todas con aquella peligrosa adicción que ya estaba trascendiendo los límites del vecindario. Lo confrontamos una tarde en el living de su casa. El Flaco habló y le explicó suave, pero con firmeza, nuestras preocupaciones.

Alfredo borró del aire las primeras palabras del Flaco y estuvo a punto de alcanzarle la boca. Tommy y Cape lo sostuvieron por los brazos e inmediatamente le hicimos ver que andar borrando cosas podía convertirlo en un criminal.

Por fin pudimos arrebatarle el borrador de la mano y Alfredo no tuvo otro remedio que sentarse a escuchar.

Hace ya dos meses, gracias a nuestras sugerencias, ingresó en Borradólicos Anónimos. La semana pasada comenzó a hablar del proceso de sanación. Me contó la crueldad del tratamiento, inspirado en películas como *La naranja mecánica* y procesos curativos basados en la sobre exposición en busca del hastío.

Lo hacían escribir en un gran papel blanco en la pared con un lápiz sin goma, en una lap top sin la tecla de DELETE y con toda una gama de colores de los celebérrimos permanent markers. Tuvieron visitas de prestigiosos científicos que les hablaron del peligro de los borradores y su impacto funesto en la sociedad.

Otros contaron historias terroríficas de las consecuencias del liquid paper (aunque la capacidad de borrar de éste es cuestionable, ya que cubre más de lo que borra), de niños que perdieron orejas y dedos por accidente en un pleito borrador y pueblos completos desaparecidos por la mano de algún inmoral terrorista borrador.

Alfredo ha dejado de borrar desenfrenadamente, por lo menos en público. A veces noto que le da trabajo tomar nota o escribir cualquier cosa porque la sabe necia y perdurable. Ha dejado de escribir su obra, la eternidad la mancharía. Me dice que la certeza del papel lo aterroriza y que prefiere hacer circulitos en el vacío

que escribir algún poema. Se la pasa haciendo figuritas y dibujando en el aire con el humo de los cigarrillos.

Todos estamos de acuerdo en que el mundo ha perdido a un talentoso escritor; pero por otro lado, damos gracias porque las ventanas, el nombre de las avenidas, los periódicos, las colas de los perros, las rayas de las calles, los anuncios lumínicos, los labios, los ombligos y los carnés de identidad están a salvo.





TEATRO DE CÁMARA II. ¿SACASTE ESO DE UNA CANCIÓN?

(Los personajes no se ven. La sala permanecerá a oscuras y los textos serán dichos en off, mientras se proyectan en una pantalla en forma de chat. Al final, si el director lo considera, se pueden oír las últimas estrofas de una canción de Gustavo Cerati.)

Milán:

¿Ocupada?

Aida:

Un poco, pero no importa.

Milán:

¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas por New York City?

Aida:

Todo bien, nada nuevo. Estoy trabajando para una firma de ropa de niños. Haciendo prints.

Milán:

Qué cool. ¿Y te gusta?

Aida:

Sí, es muy chulo. Diseño pijamas, almohadas... cosas así.

Milán:

Hace mucho que no hablaba contigo. Me hacías falta.

Aida:

Jaja... Primero, no estamos hablando, esto es un chat. Segundo, te has puesto cursi.

Milán:

No, me he puesto claro.

Aida:

Whatever. Y tú, ¿qué estás haciendo?

Milán:

Llegué de Cuba hace unos meses y estoy preparando una publicación para este año. Sigo trabajando en la novela. ¿Te acuerdas? Y en una agencia de publicidad. Hay que pagar la renta, jeje.

Aida:

¿Publicidad? No sabía que estabas en eso.

Milán:

No estoy en eso, ni me interesa; pero hay que resolver lo de la moneda.

Aida:

Jeje...

Milán:

¿Y cuando vienes a RD?

Aida:

Estuve en enero.

Milán:

No supe. Y en el futuro inmediato, ¿cuándo vuelves?

Aida:

Te tengo que dejar, tengo mucho trabajo. Hablamos más tarde.

Milán:

Aidita, te quiero mucho, nunca he dejado de quererte.

Aida:

¿Sacaste eso de una canción? Jajajaja... bye.



CUSTODIA

Amaya le preguntó al papá si Jesús era hijo de Dios.

—Sí —le contestó sin mucho ánimo el padre.

Preguntó entonces, si la virgen María era la madre de Jesús.

—Sí —respondió de nuevo el papá.

Los padres de Amaya se habían separado antes de que ella naciera y desde entonces, con mucho tacto y diplomacia, Amaya vivía con la madre y veía al padre algunos fines de semana.

—Papi, si papá Dios es el papá del niño Jesús, y la virgen su mamá, entonces ¿quién era José? —el padre palideció e intentó evitar la conversación.

—Ama, pregúntale a tu abuela, ella sabe más de esas cosas.

Pero Amaya insistió:

—Papi, dime, yo lo que quiero saber es por qué el niño Jesús vivía con dos papás y yo sin ninguno.



DONDE DIGA EL DUEÑO

El animal rebuznaba y halaba fuerte la soga que lo ataba al guayabo. El pasto estaba unos pies más allá de su hocico. El hambre y las patas empujaban con todas sus fuerzas hacia donde el estómago ordenaba. Chago fumaba e intentaba ignorar las quejas del asno. El asno miraba a Chago detrás del humo.

—Esa bestia se muere. De que se muere, se muere —pensó el hombre.

La soga, enredada, apretó al cuello como fruta que se seca y el cuerpo grisáceo se desplomó entre rebuznos más suaves y dolorosos.

—Se lo dije al Don, que ese animal ahí se moría. De que se moría se moría —Chupó su tabaco y pateó la tierra con sus gruesas botas de goma—. Yo obedezco, pero la muerte lo hace todavía más.



EL EJEMPLO

Milán sangraba por el labio inferior y lloraba desconsoladamente. Frente a él, el victimario, otro niño de seis años, estaba sentado y confundido. Ambos pasaron a la oficina de la directora y se sentaron, entre lágrimas y miedos, uno al lado del otro.

—A ver, ¿qué pasó? —preguntó la mujer—. Él me quería robar la merienda —balbuceó Milán con la mirada en el suelo.

—¿Porqué hiciste eso? —preguntó la directora contrariada—. Mañana te quedas sin recreo para que pienses en lo que has hecho.

El niño lucía más confundido.

—No me puede dejar sin recreo —protestó sorprendido.

—¿Cómo que no?

—Porque yo tengo inmunidad —advirtió el hijo del diputado, que no entendía por qué la directora ignoraba una de las leyes básicas de su corta vida.





TEATRO DE CÁMARA III. MILÁN, FÚSER Y LA NOVELA

“Is there anybody in there? Just nod if you can
hear me. Is there anyone at home?”

PINK FLOYD

(Milán se dio cuenta que su error era una nube. Estaba constituido por agua evaporada, agua del pasado. Por hidrógeno y por oxígeno. Su error era tanto amar como querer. O sea, amar y querer amar tanto, querer tanto amar, amor. Querer construir una novela dentro y fuera del papel. La novela lo había contaminado. Había envenenado el aire de la habitación y Milán se moría sin darse cuenta. Las manos se le plegaban, sus ojos tumbados eran los ojos de Fúser. Fúser el invencible. Pero esa noche, un poco por la verdad del vino, por fin lo dijo.)

Milán:

Me muero.

(Milán escribe en una libreta la primera oración de la muerte de Fúser y el texto se proyecta en el telón de fondo: “Fúser se dio cuenta que su error era de nube”. Algo por fin estaba claro. La muerte de uno era la vida del otro. Alguien tenía que morirse.)

Habiendo pensado esto, descubrió que era un asesino obligatorio o una víctima doble. Milán no lograba separarse de Fúser, ese soldado una vez inventado como guardián de un vacío entrañable y agitado. Un guardián tan celoso de su oficio que hoy clava sus uñas en la carne de Milán. Se niega a ser ahogado en el tintero. No va a desprenderse de África, y Milán lo sabe, después de todo falsificó a Dios.)

Milán:

¡Me muero, me muero! ¡Hay que creerse dictador para escribir novelas! –

(Volvió a escribir en su libreta: “La novela no me suelta, pero tampoco me complace. Me llena sólo hasta al punto donde casi me siento satisfecho. Siempre casi. Es una sombra que sólo alcanzo a ver con la esquina de mi ojo, de esas que realmente, y me corrijo, no se llegan nunca a ver, pero su presencia se manifiesta por algún sortilegio de los sentidos.)

Milán:

La novela es mi lifesupport, mi suero intravenoso. Si la escribo me muero. Si la termino me mato. Si la traiciono me asesina. la novela es una mujer que me engaña. Es un grafiti en mi memoria en mutación continua. Me desfigura, me transfigura y me transforma. Porque no la escribo yo, se escribe a través de mí. No soy autor, soy recurso literario. Al mismo tiempo me convierte en personaje y ya no se qué, cuándo, ni quién soy. ¿Soy la novela? ¿Es la novela un reflejo íntimo y desgarrado del Yo? ¿Existí antes de la novela? Eso está clarísimo, nadie lo pondría en duda, sin embargo me es imposible recordarlo. La novela es, luego existo.

(Se oye un rock ácido, una música que descompone al escenario en múltiples colores, como un caleidoscopio.)

Milán:

La novela es un ajedrez vertiginoso, una estrategia marcial espeluznante salida de una película de terror. Va cobrando vida, identidad, y hace lo que le da la gana. La novela termina conmigo. Con el fin de mi yo se me olvida la novela. No, mentira, soy yo el olvidado. Un yo sin novela. Noveless.

(Todo se apaga. Se oye un redoblante marcial.)

Milán:

¿Y qué tal el suicidio? Mi victoria frente a la novela, mi mentira magistral... ¡Mierda, no te necesito! ¡Muérete! ¡Muéreme! ¿Y qué tal una parálisis? Ignorancia corporal. Mi revolución inmóvil. ¿Y qué tal la mediocridad? Traición innombrable. Un asesinato irrastreado. La novela es mi destrucción, pero al mismo tiempo solo puedo eliminarla siendo auto destructivo, aunque me desaparezca con ella.

(En la pantalla del fondo se proyectan múltiples imágenes de Milán en disímiles circunstancias.)

Milán:

¿Cómo asesinar a alguien que no existe? ¿O qué sólo existe en la cabeza, en el papel y en la memoria? ¿Cómo vencer a un enemigo que es uno mismo? ¿Una mutación del yo?

(Milán mete la cabeza entre sus rodillas y se sienta en un sofá. En la pantalla aparece Aida sentada con las manos en los hombros.)

Milán:

¿Fúser el invencible, Fúser! Esta novela había comenzado con un recuerdo similar, aunque mucho más doloroso. ¿Cómo se atrevió a pensar que podría escribir esta novela? ¿Él era realmente el autor o era Fúser en un rol de Cyrano? Hay algo del dolor que se cuele a través del papel y otro algo de dolor que se cura cuando

escribo. La anestesia para la anestesia. No sentir que no se siente nada. Inconsciencia al cuadrado.

Esta novela nació en Jersey City y no se muere por nada del mundo. Caminaba sin rumbo, no tenía que hacer ni tampoco nada que pudiera dejar de hacer.

(Baja hasta 5th street por Jersey Ave. y se sienta bajo un gran árbol.)

Milán:

El silencio resucita los muertos.

(Obviamente pensaba en Aida, en la traición imperdonable de Ahmir. Recordó La Colonia y comenzó a llorar. Se dio cuenta que tenía las manos empapadas de sudor. Las mejillas le ardían. Perdió el control. ¿Por qué todavía no lograba sacarse el fantasma? Sintió rabia, envidia, violencia. Apretó los dientes y por primera vez en dos años volvió a ver a Fúser, sentado a su lado. Sus mismos ojos, su misma boca, pero con el pelo más largo y algunas libras de más.)

Milán:

El papel asesina los vivos.

(La rabia lo consumía. Una rabia silvestre, nueva. Una rabia que no estaba dirigida a nadie si no a todo. Corrió de vuelta hacia su apartamento en Wayne street. Bajó las escaleras hasta el sótano y miró dentro de la caldera. Tuvo que respirar, recuperar el aliento. El aire estaba húmedo y el ruido constante de las máquinas lavadoras le causaban dolor de cabeza. Se rascó las entrepiernas.)

Milán:

El papel, sólo el papel entierra la memoria al mismo tiempo que la re escribe.

(Hablabá con tono diplomático, como si lo hiciera con alguien importante. Con Fúser, por ejemplo. Finalmente se decidió a entrar en su sótano y comenzó a escribir. Hoy, cuando piensa en ese día se siente Dr. Frankenstein. Buscaba enterrar la pérdida de Aida y creó para Fúser una pareja igualmente peligrosa: África. Garantizando así que el fantasma que buscaba enterrar rentara de por vida un continente oscuro en su consciencia.)

Milán:

Lo admito. Ya nunca lograré olvidar.





LA PIERNA

El policía jurungaba la goma del motor a ver si el daño era serio, sin darse cuenta del tumulto que como espuma crecía alrededor de aquel charco negro, expandiendo la circunferencia de espectadores sudados y morbosos. Frente a él, el cráneo dividido del motorista era como una vitrina, donde por poco se alcanzaban a ver sus pensamientos.

Y de ser así, hubiéramos podido ver que el motorista pensaba que su mamá ya no iba a comer pierna, que su hermano ya no iba a comer pierna, nadie iba a comer pierna porque estaba toda regada por la calle y él debajo de aquel Camry del 98 placa azul.

—Mamá, voy en camino, tengo la pierna envuelta en periódico. Alcanza pa' to' —dijo el motorista hace apenas diez minutos, desde un teléfono público.

Se subió en el motor, recostó la pierna entre las suyas y arrancó camino a La Agustinita. Eran alrededor de las ocho, y aunque aquí eso de invierno y verano es lo mismo, en enero hace un friío riquísimo y oscurece un poco más temprano.

Doblando por el Mamaya vió una morena parada del otro lado de la calle. Redujo la velocidad.

—Morena, por ese par de pata lo que está bueno es darte con esta pierna —gritó.

La morena vio la gloria cuando divisó la tremenda pierna de puerco que descansaba en las piernas del motoristas. Aunque estaba envuelta en periódico, el hueso y el olor la delataban sin mucho esfuerzo. La morena se subió un poco más la falda.

Cuerió.

—Por esa pata te doy lo que tu quiera' —dijo mientras cruzaba la calle a paso acelerado para montarse en la cola del motor.

La morena se agarró de su motorista. Primero por instinto de conservación, pero también para asegurar su pedazo de pierna y par de frías. El motorista no estaba seguro de si lo que sentía en el lóbulo de la oreja izquierda era el viento o la lengua de la morena. Soltó la mano con que agarraba la pierna de puerco y la tiró hacia atrás para agarrar la pierna puerca de la morena, o con mucha suerte las entrepiernas.

Por pudor o por instinto, la morena clavó los dientes en el pescuezo del motorista. Comenzaron a zigzaguear y a gritar cosas en idiomas desconocidos. Cuando llegaron a la bomba de Camino Chiquito, él sangraba.

La morena se tiró del motor, pero antes trató de echarle mano a la pierna de puerco por el huesito que se salía a la izquierda. Perdió por lo menos dos dientes cuando cayó de cara en el contén. Pero ni muerta perdía el gustillo y el olor de la pierna.

El motorista, distraído en el motor, el robo vil, la fantasía perdida y la pierna de puerco, vio como el Camry negro con su placa oficial escondida y una banderita colgada del retrovisor llegaba a mil. Lo último que oyó fue un sonido de cristales rotos. El farol frontal se desintegró con el golpe, fragmentando en mil pedazos el logo de las Águilas Cibaenas y el símbolo universalmente conocido de NIKE.





ÁFRICA MÍA, BREVEAMENTE MÍA

África mía, brevemente mía. Es difícil sobrevivir en estos días, verte y no poder dibujarte besos en la cara, llenarte la espalda de pecas con mis labios. Lo más difícil es aceptar que fue mi culpa, que no debí dudar de esa manera, o gritarte y arrojarte palabras que agarré sin mirar. Las cartas me salen mal, pero los discursos me salen peor, porque hay que tomar más decisiones en menos tiempo, en papel me puedo filtrar.

Esta mañana en mis sábanas se dibujó tu figura en bajo relieve, solamente tu silueta, pero me es fácil reconocerla. Todas las mañanas actúo tu rutina, como si nunca te hubieras ido. No te fuiste, ¿sabes? Primero cabeceas tercamente hasta que te vence la luz que entra por las franjas de la cortina.

Luego abres los ojos y los clavas en el techo por algunos segundos, como quince. Suspiras largamente y levantas la parte superior de tu cuerpo. Te sientas en la cama con las piernas todavía estiradas, me pellizas las costillas porque crees que todavía duermo, pero en realidad observo religiosamente tu danza mañanera.

La mayoría de las veces después del pellizco sonrías lo que yo llamo la sonrisa de auyama, aunque no siempre, porque a veces cuando tomamos mucho o estás muy cansada, haces un pucherito que a mí me gusta, con la boca como un pececito de mármol; entonces es cuando te paras y te vas al baño, después de ese punto no estoy seguro, te encierras aunque sabes que tu desnudez, exquisita siempre, no es nueva, sorpresiva, pero nunca ajena. En la mañana tu pelo parece flora.

África mía, extiendes los minutos, y el tiempo y el clima, y estos dejan de ser constantes, los detienes, los modificas y los enredas como un bollito de algodón. Sales del baño como sale la luz de un bolsillo en pantalón oscuro. Te enredas en luz y me salpicas con ella.

Me besabas las rodillas y la frente y sentía un calor maternal. Te ibas a clases y yo me quedaba saboreándote hasta que no quedara una gota de tu olor en la habitación, de ese olor que era mezcla de jabón y de pasta dentífrica y de África, todo batido en el aire que se transformaba en vehículo de tu Africaness, y contaminaba hasta el espejo.

Quisiera haber guardado ese olor, embotellarlo para drogarme de ti cada mañana, cada noche, cada diez minutos. Ayer soñé de nuevo con animales, soñé que era una tortuga que nadaba todo el tiempo, y nunca llegaba a ningún lado, y el agua se quejaba de que la partía cuando avanzaba. No sé qué significa. Uno nunca sabe.

África mía, es difícil sobrevivir en estos días, pero uno nunca sabe.





EL EXTRAÑO LLANTO DE LAS VIUDAS EN UNA MADRUGADA OSCURA

Cuando lograron despertar a don León, ya el ladrón se había desangrado. Todavía tenía una mueca de vivo en la cara y su mano izquierda descansaba en un charco negro. El sereno del bar escuchó los gritos cerca de las tres y lo descubrió atrapado en la pared falsa que dividía el bar Maritza del cine Viena, con una barra de hierro atravesándole el costado, pidiendo perdón y misericordia. Nadie lo reconoció. Ni el capitán de la policía, ni el sereno, ni los curiosos, ni don León, que sostenía un revolver niquelado en una mano y un sombrero crema en la otra.

El sereno, llamó a León a las tres y media. Timbró varias veces antes que la voz ronca y cortada por el sueño salpicara del otro lado del teléfono.

—¿Sí? Aló.

Tanto don León como doña Rosa sabían que ninguna llamada después de las doce traía buenas noticias. En un pueblo tan calmado y lento como Moca, donde no pasaba nada que no pasara todos los días, las cosas no solían suceder cuando no las estaban esperando.

Ella lo miraba mientras él atendía, pegado del auricular. Luego se tiró encima su guayabera celeste y empuñaba el revolver y el sombrero. En unos segundos conseguía verse tan pulcro y nítido como un vaso de leche. Doña Rosa movió la cabeza.

—Ten cuidado, León. Pero él ya sabía que había un muerto en la pared y que el suelo entre el bar y el cine estaba lleno de gente y sangre.

Sus ojos estaban todavía abiertos y brillosos, incluso bajo el apagón absoluto que esa noche invadió el pueblo. Su piel todavía estaba tibia. Su lengua todavía estaba húmeda.

—No puede tener más de diecisiete años —dijo el capitán Rojo. La imagen del joven tendido contra la pared y con la barra de hierro saliéndole por la barriga tenía algo de tragedia y algo de heroísmo. Más de soldado caído que de ladrón atrapado.

—¿Y nadie lo conoce? ¿Nadie sabe de dónde salió? —preguntó León conmovido.

Nadie sabía. Ni el sereno, ni los curiosos, ni Fico, ni el capitán Rojo, nunca tan rojo como la sangre oscura en el suelo del cine. Como en una gallera, la multitud cercó el cuerpo del difunto. El joven desangrado en el Viena era tan anónimo como difunto. Muerto y desconocido, o sea, doblemente muerto.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó León.

—Ya no podemos meterlo preso —murmuró el capitán desilusionado.

—¡Claro que no podemos meterlo preso, hombre! Está muerto el niño, ¿qué preso ni que ochos cuarto? —replicó de nuevo don León visiblemente irritado.

—Yo soy policía. No soy ni forense ni sepulturero. Yo lo que sé es meter gente presa y hacerlos hablar ¿qué hago yo con un muerto?

—Pues algo hay que hacer. Primero, llama a una ambulancia —dijo León a Fico, que estaba a punto de vomitar por el olor a muerto, a grajo y a sangre.

Fico cerró los ojos por un instante y recuperó el color de su rostro cuando se supo lejos del muerto y pegado al teléfono del bar.

—Lo primero que hay que hacer —enfaticó León, como si no hubiera dicho nada todavía— es sacarlo de aquí. No quiero muertos en mi cine a menos que estén dentro de una película.

El muchacho tendido con los ojos abiertos, lucía como un objeto de culto en medio de la multitud. La gente seguía llegando y Moca comenzaba a despertar por primera vez en el corazón de la madrugada. Los vecinos se avisaban y Chita, todavía loco y encaramado en su bicicleta, recorría las calles regando la muerte y el misterio.

—No importa que sea medio carajito. Sigue siendo un ladrón. Así como se ve, el pobrecito, sigue siendo un ladronazo.

—Capitán, ¿usted no ve que estamos hablando de un niño, y que está muerto? —protestó León, que sobre todas las cosas, respetaba la muerte y los muertos—. Además, ¿cómo sabemos que es un ladrón?

—¿Qué otra cosa podría ser, un ángel bajadito del cielo? —respondió el capitán en medio de un repentino silencio, de esos que subrayan los peos y otras imprudencias.

—Nada más hay que revisarle los bolsillos —dijo alguien en la multitud.

—Buena idea —rió el capitán y se acercó al muerto con una naturalidad que casi lo trae de nuevo a la vida. Movi6 el brazo del cadáver y lo hecho a un lado como si fuera una caña. Metió su mano en uno de los bolsillos del pantalón y extrajo la tela blanca del bolsillo vacío. Hizo lo mismo del otro lado con idéntico resultado.

—Nada.

Miró en el bolsillo de la camisa y sacó entre su pulgar y su índice una llave pequeña y dorada. La sostuvo como se sostiene una hostia antes de meterla en la boca y miró a León.

—¿Una llave? —preguntó León.

—Eso, una llave.

—A ver —y extendió la mano para examinarla—. No es del cine, ni tampoco del bar, ¿de dónde habrá salido?

—¿La llave o el muchacho? —preguntó el capitán.

—El muchacho, capitán, ¡claro que me refiero al muchacho! La llave me importa un carajo. Este muchacho sigue muerto en mi

cine y hay que sacarlo de aquí. No quiero líos ni muertos,

—Nadie quiere muertos don León —se atrevió el capitán.

—Eso depende —le contestó con los ojos llenos de rabia, y por un segundo se miraron como dos leones en la misma sábana.

—La ambulancia viene en camino —interrumpió oportunamente Fico, que venía con la lengua colgando y chorreando sudor de la cabeza canosa.

—Me imagino que sí. El pueblo entero está aquí menos la jodida ambulancia —protestó León.

El muerto, con los ojos abiertos y la piel suave y nueva, se veía triste y solo, como si siempre hubiera estado muerto, incluso cuando estuvo vivo. Como si la muerte hubiese sido un traje que siempre llevaba puesto. Algunas mujeres comenzaban ya a llorar y a orar junto al cuchicheo de los curiosos, que tejía sobre el Viena un murmullo lineal y homogéneo que sonaba a culto, sumándose al círculo multitudinario que rodeaba el cadáver.

El llanto de las mujeres, la mayoría viudas de profesión y vestidas eternamente de luto, o sea, lloronas de carrera, se hizo más fuerte, rompiendo con la monotonía del zumbido colectivo que quedaba debajo como el acompañamiento de una orquesta.

—¡Ay, se me muere mi niño! —lloró una viejita doblada que no conforme con no haber parido al muerto, nunca lo había visto.

—¡Ay, que está muerto, ay Dios mío, acógelos en tu seno! —lloró otra no tan vieja, que sostenía en sus manos un rosario y estaba arrodillada frente a la puerta del cine.

La gente se fue acercando más al cuerpo, que tal vez por los llantos, por la escasa luz de la madrugada o por algún acto de magia, se tornaba luminoso y tierno. Infantil.

—¡Ay! ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué él? —gritaba desesperada otra señora vestida de gris.

—¡Ay!, si él siempre fue tan bueno. Nunca le hizo daño a nadie, Diosito mío, ¿por qué, por qué, por qué?

León comenzaba a irritarse. También el capitán, que encontraría en esa irritación lo único en común que tendría con León esa noche, y probablemente en toda la vida.

—¡Ya! Se callan. ¿Ustedes se volvieron locos? Aquí nadie conoce a este muchacho, así que no hay que estar llorando ni haciendo espectáculos. ¡Que se callen ya! ¡Vamos! Todo el mundo a su casa que aquí no hay nada que ver —ordenó el capitán Rojo, inclemente y cada vez más cerca del color de su apellido. Pero la multitud no escuchaba y seguía llorando desconsolada y al borde de la histeria.

—Sí, vamos, vamos, que aquí no hay nada que buscar —enfaticó León.

Pero las viudas, sordas del llanto, seguían arrodilladas e histéricas pidiendo misericordia por el alma que hoy subía al encuentro con su creador.

El capitán Rojo se impacientaba. Comenzaba a tocar su revolver, que descansaba en el cinturón negro y que colgaba de su lado derecho.

—¡A su casa! ¡A su casa dije, coño! —seguía gritando con la mano sobre la canana y con un temblor extraño en el párpado derecho.

—¡Contrólese capitán! —gritó León, que aunque igualmente irritado, todavía conservaba algo de calma.

—Usted se calla —gritó el capitán para poder ser escuchado por encima del bullicio, mientras el ojo seguía acelerando su temblor incontrolable—. Aquí la autoridad soy yo. Ley y orden ¡coñazo! Ley y orden.

—No se equivoque capitán, no se equivoque—. León se quitó el sombrero e irguió el pecho—. Usted será la autoridad pero déjeme recordarle quién soy yo en este pueblo. Si usted no quiere estar en el cuartel de Azua al final de la semana, mejor contrólese y no se vuelva a equivocar ¿me oyó? ¿Qué si me oyó capitán Rojo? —desafió León que también llevó su mano sobre el mango niquelado de su revólver.

El capitán desabotonó la canana y palpó el metal frío del mango de su pistola, pero no se atrevió a desenfundar. El poder de don León en Moca sobrepasaba el de cualquier policía, y el capitán se tragó, junto con su orgullo de militar, la rabia, la histeria y un buche de saliva espesa.

—Bueno, en lo que llega la ambulancia vamos a moverlo. Hay que sacarle ese hierro de la barriga —dijo Fico, de nuevo oportuno.

Los tres hombres se acercaron al cuerpo. Fico sostuvo las dos piernas, con cuidado para no tocar la sangre en el piso, y el capitán se acercó a la barra de hierro que salía del difunto como una cruz, cuando la multitud enloqueció y comenzó a gritar:

—¡No lo toquen! ¡No lo toquen!

—No haga caso don Fico, siga —ordenó el capitán y comenzó a halar el pedazo de metal. Las viudas comenzaron a llorar más fuerte, a orar más fuerte.

—¡Ay, Diosito, baja tu luz y protege este hijo tuyo! —dijo la de gris.

—¡Respeten a los muertos, desalmados! —pidió la que se creía la madre.

El círculo de espectadores se comenzó a cerrar, ganando espacio sobre León, Fico, el capitán y el muerto martirizado.

El policía sacó su revólver e hizo dos disparos al techo. La multitud retrocedió un par de pasos e hizo un breve silencio, y, aunque sólo por un instante, paró el avance sobre los tres hombres y el cadáver.

—¡Atrás, atrás! ¿Se han vuelto locos? Nunca he visto nada igual. Esta gente se ha vuelto loca —dijo, ahora mirando a León.

—Señores, ustedes me conocen. Aquí todos nos conocemos. Ustedes saben que creo y temo a Dios y nunca profanaría su nombre. Pero entiendan que este jovencito, que vale aclarar, nadie lo conoce, se metió en el cine e intentó robar la caja del bar. Ahora, no queremos hacerle daño, ya está muerto. Lo que queremos es moverlo de aquí para que el caso siga su curso y poder llevar este cuerpo a donde merece. Eso es todo.

—¡Se movió, se movió! ¡No está muerto, se movió! ¡Está vivo! —gritó un hombre de edad que llevaba un machete en la mano.

—¿Cómo se va a mover? Está muerto hombre —aclaró el policía que estaba más asustado, más confundido y sostenía el brazo caído y flácido del difunto como evidencia de su fallecimiento.

—¡Está vivo, está vivo! —siguió gritando la multitud.

Las viudas comenzaron a dar gracias a Dios por el milagro.

—¡Lázaro, párate y anda! —pidió una al cuerpo que seguía inerte sobre la sangre casi seca.

Don León pensó que estaban aplastados por una masa de gente bajo algún efecto hipnótico o por un grupo de idiotas. Pero fuera lo que fuera, la multitud ganaba terreno y los iban acorralando, a los tres hombres vivos y al joven muerto, contra la pared falsa que dividía el cine del bar.

Empuñó su revolver y también disparó hacia arriba logrando que retrocedieran pocas pulgadas. Entonces, ganando ese poco de espacio, respiró profundo y por primera vez sintió miedo. Se miraron los tres hombres. El pánico y la sorpresa eran uno solo en sus rostros, que por primera vez en toda la noche, se hacía completamente visibles.

La madrugada se hacía más clara. El aire se teñía de una luz suave de color malva que iba calentando poco a poco la sangre y la locura. El sol fue saliendo, cada vez más naranja, cada vez más abierto y el primer rayo de luz dio en plena cara al joven muerto, proyectando sombras largas en su nariz, su mentón y sus labios.

Fueron apareciendo, también como si se tratara de un juego ilusionista, las arrugas profundas en su rostro. La piel se tornó dura y gruesa. El sol siguió avanzando, asomando la cabeza por encima de la anacahuita del parque y dejando ver, por primera vez, los ojos vidriosos y rojizos del cadáver.

Envejecía frente a todos como si cada año durara un segundo, y en un minuto el supuesto joven tenía la cara arrugada y floja como un anciano. Las viudas dejaron de llorar y temerosas, pidieron perdón al altísimo, aunque sin estar seguras por qué.

La masa de gente, antes tan sólida y compacta, se fue abriendo como una flor bajo la luz del sol y se esparció por las calles. Caminaron todos, los hombres, las mujeres y las viudas, con paso lento, arrastrando los pies y la mirada contra el asfalto y olvidando en cada paso, el llanto, el muerto y su identidad misteriosa.

El sonido agudo e intermitente de la ambulancia apareció por el final de la calle y se acercó veloz a la puerta del cine, donde encontró, apoyados contra la pared falsa del cine Viena, el cuerpo de un ladrón muerto y tres hombres que apenas respiraban.

◆ ◆ ◆
F I N



MOTHERWELL VIBRABA COMO UNA MOSCA

Nos paramos los dos juntos todavía desconocidos frente a la pintura de Motherwell, que no sólo colgaba de una pared inmensamente blanca, sino que vibraba como lo hacen las moscas en otras paredes igualmente blancas e inmensas. Yo me preguntaba si tú o Motherwell también la veían vibrar, si también les recordaría a la mosca o al motorista que reparte los periódicos por la mañana.

Me dieron ganas de tocar el cristal, de tocarte a ti, de conocerte y de vibrarte. Cuando me miraste me espanté, la mosca dejó el zumbido sorprendentemente placentero, y de alguna forma escapé de mi timidez y te pregunté tu nombre.

Y ahora te paras frente a mi cara. Y tu ojo entra en mi ojo, me llena tu ojo la cavidad ocular. Penetra mi cara y se introduce cómodo como se introduce un huevo dentro de un ave, cualquier ave. Un ave que mira su reflejo nuevo y brillante por primera vez en la capota ardiente de un Volkswagen, con las patas para arriba, doblando el aire con un pico sensual. Fállico.

Y tu ojo que ya entró en mi ojo antes, explora mi interior, mi fosa nasal tibia. Tibia tú y tibio yo y tu retina caliente que se despidе por debajo de mis uñas. Cosquillea la parte de mi mano donde se unen los dedos, donde aterrizan en la pista que es mi mano que descansa sobre la tuya que transpira al contacto.

Y son dos manos, las nuestras sobre una superficie blanda, fértil, donde se podría gracias a su humedad, cosechar habichuelas u orquídeas. Sacudo mi mano, la otra, y te devuelvo la mirada que dejaste suspendida en una pestaña del mismo ave, y repentinamente te pareces a Leda y yo con anatomía de cisne que pudiera y no pudiera no ser el pájaro del susodicho huevo, jactándose de un plumaje brillante como la capota del Volkswagen, arropado por un aire de Edward Hopper que se deshace al mismo tiempo que mi sorpresa.

Tú, África, que no callas y despiertas a mi lado, mujer completa que aparentas frágil. La África que masca semillas de café y la que beso saboreando dos labios como uvas mojadas. África que estás llena y me drenas y me almacenas.

Y yo sólo busco un hueco en tu monólogo para decirte *forgivemebaby-itwonthappenagain* y no dejas de no perdonarme *forgivemebabyplease* mientras yo sigo buscando el hueco en mi recolección de vidas que es una vida que se dice mía, un collage esponjoso de origen telúrico y de naturaleza filosa como la lengua del insecto que vuela que ha sido mi vida y que busco agitar y sacudir para reorganizarla. Reubicar las imágenes y tal vez duplicar un Rauschenberg en mi pecho y llevarlo como bandera o como escudo de superhéroe retirado.

En fin...



EL ARTE I

Víctor miró la pintura. Se acercó a la tela y pegó su nariz al rojo y a los trazos negros. Retrocedió varios pasos y volvió a mirar el canvas gigante colgado en la pared.

—¿Qué es, papi?

—Una pintura.

—Yo sé, pero ¿de qué? No veo nada, sólo manchas y garabatos.

—Es una pintura de un sentimiento. Como el amor o el odio, no se ve, se siente.

—¿Y los sentimientos tienen colores? ¿De qué color es el amor?

—No sé Vic, del color que tú quieras que sea.

Víctor volvió a mirar la pintura fijamente. Movi6 la cabeza a ambos lados, entrecerr6 los ojos, los volvió a abrir lo más grande que pudo y comenzó, sutilmente, a sonreír.

—Ya yo sé lo que ese pintor estaba pintando, ¡ya sé!

—¿Qué? —preguntó con curiosidad el padre.

—No sé cómo se llama, pero se siente rico —dijo el niño y, sonriendo satisfecho, juntó sus manos sobre el pecho.





EL ARTE II

Nadie sabía por qué Sabrina pasaba tanto tiempo debajo de su cama. Su madre se preocupaba y su padre, poco a poco, perdía las esperanzas de que fuera cuerda. Todas las tardes la niña se colaba entre el colchón y el piso. Allí pasaba horas enteras antes de que volviera al mundo con una sonrisa lumínica.

La familia de Sabrina vivía en el fondo de una cañada, donde la electricidad y las comodidades de otros sectores de la ciudad eran desconocidas. A su alrededor todo era color lodo, incluso las cosas recién pintadas.

Una tarde la madre, desesperada, sacó a Sabrina de su cueva y violentamente sacudió la cama y a la niña. Sabrina lloró porque su refugio había desaparecido. La madre lloró porque pudo ver, casi sin aliento, los mundos luminosos y coloridos que la niña había dibujado detrás de su colchón.



EL ARTE III

Para Marcial, ese punto donde se juntan tres planos, esa esquina oscura en el techo de su habitación, es calma y misterio. Se tira en la cama, la mira fijamente y disfruta esa sensación extraña. Quiere descubrirla y trepa por los anaqueles hasta poder tocar con su dedo aquel hueco misterioso.

Lo palpa, lo huele y lo mira bien de cerca como quien mira los ojos de una cucaracha. Dibuja un círculo alrededor de aquella esquina borgiana y vuelve a su cama. Mira, ahora desde la distancia de su colchón, como todo interés por su esquina predilecta se trasladaba al trazo rojo que ahora parece vibrar sobre la pared.

Marcial nunca confesará a nadie el nacimiento de toda su obra pictórica. Siempre que vea de frente una esquina, llenará el espacio de círculos rojos.





MILÁN JUST SIGNED IN

Ese nombre le revuelve el estómago. Leerlo, escucharlo, pronunciarlo o imaginarlo le provoca un terremoto en todo el cuerpo. “¿Cuánto cabe en un sólo nombre?”, se pregunta y no logra responderse. Aida Moranges sabe que ese nombre es un hueco en el piso.

Se enjuaga la cara, se mira en el espejo y mira sus pupilas agrandadas y temblorosas. Vuelve a la cama y confirma que el rostro que yace allí es el de su esposo, y no, como se imaginó en sueños, el de Milán Vega, el nombre y el hombre testarudo que no termina de salirse de su vida. “¡Maricón!”, grita para sus adentros.

Mira de nuevo, confirma que la cabellera es rubia, que lo vellos de la espalda son rubios y vuelve a la cama. Se arropa lentamente, intentado no despertar a su marido, que no duerme, pero se hace el dormido.

Aida Moranges cierra los ojos para no ver la oscuridad, pero inmediatamente los abre porque tiene tatuado en los párpados, así lo piensa Aida, el nombre, el maldito nombre que no se le sale de

la cabeza, ni de los ojos, ni de las piernas, ni de sus pechos ni de ahí abajo.

Cuando cierra los ojos lo ve escrito en verde lumínico contra el fondo oscuro de los ojos cerrados. Le preocupa haber pronunciado el nombre en sueños. ¿Por qué no la abandona el azaroso nombre de tamaño hijo de puta?

Hace años que no lo ve, pero de ninguna forma ha estado ausente. La llama, le escribe, se le aparece en sueños, en el refrigerador. Lo ve acostado en su cama, leyendo el periódico en el desayuno. Le manda libros y fotos.

De repente, un día cualquiera enciende su iBook y ¡bum! Milán just signed in. Y se le va el aire. No sabe distinguir todavía, Aida Moranges, entre la rabia y el deseo. Esa mezcla engañosa que se pronuncia cada vez que aparece el nombre, en cualquiera de sus presentaciones.

Se levanta suavemente de la cama, haciendo todo lo posible por no despertar a su marido, que está inmóvil dándole la espalda. Vuelve al baño y se lava de nuevo la cara. Se mira los ojos. Aprieta los labios y lo maldice de nuevo.

Se promete olvidarlo. Se jura con la fuerza de la mezcla rabia y deseo que lo va a sacar a patadas de su cuerpo y de su cabeza.





HAY UNA PRIMERA VEZ PARA TODO

Que Utako y Jiro vieran desde la ventana del tren la primera nieve del Monte Fuji, me era totalmente ajeno. Se me hacía muy fácil imaginar el tren, el Monte Fuji nevado y rodeado de una aureola de nubes en el horizonte y un cielo abrumadoramente azul. Lo que todavía hoy se me hace imposible, es imaginar a Utako y a Jiro. Porque, aún sabiendo de antemano que los dos probablemente eran japoneses, no puedo evitar imaginarlos occidentales. Más que nada europeos.

A Utako la imagino con pelo oscuro y rojizo como un pedazo de caoba, nariz perfilada, ojos redondos y acaramelados, color del ron contra la luz de una vela. A Jiro, como una versión contemporánea de Christopher Reeves. Con espejuelos y todo. Superman holandés.

Estaba consciente de que Kawabata era japonés y que por lo tanto, además de lo obvio de sus nombres y del hecho de que estuvieran mirando fijamente lo que probablemente era la primera nieve del Monte Fuji, los personajes de sus cuentos, por lo menos en este caso, debían ser japoneses.

Miré de reojo —y sin quitar la mirada dura de la carretera— el perfil de Lina, que se recortaba contra el fondo verde de Bonao, mientras miraba hacia el vacío en silencio.

En una de las lomas del horizonte se leía un nombre en amarillo: “Leonel”, promocionando al candidato a la presidencia en el mismo lugar donde cuatro años antes se leía en letras blancas: “Hipólito”.

—¿Sabes la diferencia entre estar consciente y ser consciente? —preguntó Lina.

Preferí no contestar. No tenía ganas de distraerme y dejar la peligrosa autopista Duarte sola, ni de entrar por esa puerta a las reflexiones constantes y densas de Lina.

—No, no estoy muy seguro —contesté lamentándome.

—Yo tampoco.

Todas las felicidades cuestan muertos —pensé—. Pero por supuesto, ya estábamos dentro de su bóveda vomitiva.

—Ser consciente es más fácil. Ser consciente es de alguna manera ser moral, tener prioridades definidas y acordes con el sentido común establecido. Es un punto a favor, un plus. Por ejemplo, creo que Adolfo es un tipo consciente, o sea, puedo decirte, “Coño, Adolfo es un tipo consciente”, y tú podrías pensar que ese Adolfo, asumiendo que no lo conocieras, es un tipo serio, con buen juicio.

Lo más nos alegraríamos por Adolfo, su familia y su novia, si tiene hijos por sus hijos, pero ya, hasta ahí. La cosa después de todo es bastante simple. Pero si por ejemplo, uno se atreviera a decir, que Adolfo “está” consciente, entonces la cosa es más complicada.

—¿Consciente de qué? —pregunté. No me hizo caso. Ya estábamos en su montaña rusa y no había cómo bajarla.

—Estar consciente es estar alerta cada instante. Es darse cuenta cuando movemos la nariz y cada uno de los músculos. ¿Por qué plegamos la frente y nos damos cuenta cada vez que pasa? Estar consciente es estar presente en cada cosa que se mueve —Hizo una pausa y bajó el cristal. La brisa entró como un perro rabioso por la ventana y un zumbido de aguacero en hoja de zinc se desprendió del asfalto. Prendió un cigarrillo y sacó el codo por la ventanilla.

—Yo no sé si estoy consciente. No estoy segura. Me gusta pensar que soy consciente hasta cierto punto, pero no sé si realmente lo estoy. ¿Cómo está una segura? ¿Dónde hacen el examen de la consciencia? ¿Cómo, el que no está consciente, se da cuenta de su falta? Es imposible estar consciente de que no se está consciente, o sea, hace falta estar consciente para poder distinguir.

Yo seguía mirando la carretera meterse debajo del carro e iba contando, uno, dos, tres, cuatro, cinco, hasta treinta y dos, y comenzaba de nuevo.

Lina siguió de cabeza en su reflexión y su náusea existencial. No estoy consciente de si aquella es realmente la primera nieve del Fuji —pensé.

Hace algunos días, en el Listín Diario, publicaron una foto de Valle Nuevo completamente congelado. Pedacitos de hielo cubrían las hojas y el verde del pasto estaba cubierto por una alfombra blanca. La primera nieve de Valle Nuevo. Me acordé de nuevo de Utako y Jiro. Recordé el cuento de Kawabata y comencé a trazar paralelos: El Monte Fuji y la pobre lomita que dice “Leonel”. El tren y mi Volkswagen. Utako y Lina. Jiro y yo.

—Yo creo que estar consciente no es así tan importante —dije.

Lina resopló y un nido de humo nació de su boca. Tiró el cigarrillo todavía encendido a la autopista y subió de nuevo el cristal. Vi por el retrovisor el reguero de chispas anaranjadas que revoloteaban contra el asfalto.

Me miró un poco angustiada y subió el volumen del radio.

“Nobody said it was easy. Nobody said it would be so hard”.

No sé porqué, en ese momento, por ese corto instante, no solamente pude imaginarme a Utako y a Jiro, japonecitos hasta el kimono, si no que también me entraron unas ganas enormes de estar en ese tren, con mi propio kimono y ojos de oriental, contemplando lo que podría o no podría ser la primera nieve en el Monte Fuji.





LAS ÚLTIMAS COSAS QUE ESCUCHÓ JEAN PAUL BERTRAND

Extrañamente, Saturnino pagó la quincena el mismo día quince. Por eso, Jean Paul sonrió con sus dientes blancos y grandes y pidió tres días libres. Antes de cruzar la frontera, Jean Paul gastó cien pesos en un Carta Blanca y treinta en sardinas. Además gastó doscientos en una prostituta dominicana y guardó el resto para su mujer y su hijo en Gonaïves.

Metió en su bulto de tela tres aguacates que robó de los árboles de la plantación, una muñeca de plástico que encontró en un vertedero cerca de Los Higos y los quinientos setenta pesos que le quedaban. También llevaba bajo el brazo una cantina con agua y una botella con dos dedos de ron.

Jean Paul caminó por el bosque seco hasta llegar a la frontera que dividía los dos países. La frontera no era más que aquel punto donde dejaban de crecer los árboles y donde la tierra se convertía de súbito en una mezcla de polvo y carbón. Había caminado más de nueve horas. Estaba cansado y tenía sed. Bebió del agua y también del ron.

Jean Paul conocía las lomas y los caminos, sabía que debía caminar otras nueve o diez horas hasta el pueblo más cercano, donde tomaría un autobús hasta Puerto Príncipe y de ahí a Gonaïves. Era un hombre joven y fuerte, la caminata era soportable. Trabajaba en la finca de Saturnino desde enero, cuando los aguacates necesitan abono y poda antes de que en marzo, comenzara la floración.

Jean Paul es muy hábil en su trabajo. Secó sus labios con la parte trasera de la mano. Estiró la espalda y los hombros. En un par de horas oscurecería y debía de encontrar un lugar seco y seguro para dormir. Por las lomas que nacían a cada lado de aquella frontera de nadie, cruzaban las yipetas y los camiones cargados de contrabando.

Las bandas criminales, formadas por haitianos y dominicanos, tenían fama de ser crueles y sádicas. Se sabía que disparaban sus armas semiautomáticas a quien sea que se toparan en el camino por el simple placer de hacerlo. Por eso, al más mínimo ruido de motor, Jean Paul se ocultaba bajos las hojas y entre los pinos hasta que la máquina y su rugido desaparecieran en el silencio.

Jean Paul se recostó una loma de aserrín de un aserradero abandonado, donde dicen que años antes, en 1937, enterraron a más de diez mil de los haitianos masacrados por órdenes de Trujillo. Los abuelos de Jean Paul desaparecieron ese año y él prefiere pensar que abandonaron a su familia, a la certera posibilidad de su muerte bajo el plomo o los machetes del genocidio racista.

Él conocía de tiranos. Él sabía de muertes y de balas. Jean Paul sabía. Comió uno de los aguacates y pensó, mientras masticaba la pulpa amarilla, en su mujer y su hijo. Se avergonzaba un poco de llevarle una muñeca a Bertrand, pero fue lo único que encontró en aquel vertedero. Las muñecas son para niñas, pensó. Lástima que no encontré un camión o un helicóptero. Rezó y cantó con la voz bien baja. Se quedó dormido entre el aserrín y el frío.

Cuando sintió las primeras luces en la cara, Jean Paul también escuchó el ruido de un motor y voces que hablaban y reían en español. Abrió grande los ojos. Apretó los labios y se quedó inmóvil. Escuchó los pasos y las voces que se acercaban y volvían

a alejarse. Escuchó la explosión de una botella contra una piedra y el radio transmisor de los soldados que guardaban la frontera.

Supo que estaban borrachos. Supo que habían pasado toda la noche patrullando los caminos y las lomas y que ahora, al alba, estaban aburridos. Supo también que no le convenía mostrar la cara. Debía huir o esconderse. Jean Paul se levantó suavemente como un gato y se recostó en cuclillas contra el tronco de un pino.

Esperó que las voces y los pasos se alejaran lo suficiente y caminó veloz y sigilosamente en dirección opuesta. Tenía miedo y el corazón le latía fuertemente. Sentía un calor extraño y poroso en los hombros y el cuello, y respiraba por la boca.

—Ahí, ahí, ahí va uno —escuchó gritar a uno de los soldados y entonces olvidó la cautela y el miedo y corrió como un animal salvaje. Escuchó el rugido del motor, las risas y los gritos de los soldados y los disparos que retumbaban en el abandono de las lomas. A través de los árboles podía ver las lomas haitianas, secas y peladas, pero sabía que una vez en ellas sería un blanco fácil o un negro muerto.

Siguió corriendo cambiando rumbo hacia el sur para no cruzar el claro y el peligro. No pensaba en más nada que en correr. Escuchó los disparos lejanos y las risas que desaparecían en la distancia, pero siguió corriendo. Cuando no pudo más, cuando el dolor en las costillas era insoportable y la respiración era casi un hipo, entonces se detuvo en el medio del bosque.

Escuchó las cotorras sobrevolando la montaña y fue entonces que sintió por primera vez el olor de la lluvia. Miró al cielo y pudo ver las nubes grises y opacas y supo que antes de las tres, llovería. Jean Paul se sentó sobre una piedra y comió el segundo de los aguacates y bebió de la cantina de agua. Había perdido valiosas horas de viaje y sabía que el tiempo ya no era suficiente para ir a Gonaïves y volver a tiempo a la finca.

Sacó la muñeca de la mochila y sintió lástima por Bertrand. La muñeca no tenía casi pelo y le faltaba un ojo, pero fue lo que pudo hallar entre basura y ceniza. Además todavía tenía el dinero que llevaría a su mujer y a su hijo, y eso compensaba. Recobró la fuerza y el aliento y volvió a tomar su ruta. Había avanzado

mucho hacia el sur, y debía caminar todo ese trayecto de vuelta para entonces seguir su camino.

No voy a llegar a tiempo, pensó. Caminó hacia el Norte bordeando la división arbórea que define la frontera. Caminó con la muñeca en la mano entre los árboles, a pocos metros del espacio abierto. Volvió a sentir el olor a lluvia y aceleró el paso hasta llegar a uno de los senderos que conocía. Decidido a cruzar y al fin poner pie en tierra haitiana.

Advirtió una yipeta blanca bajando por una de las lomas y acercándose a la frontera. Se quedó tras los árboles. Se sentó a esperar y pensó que quizás, después de todo, ir a Gonaïves no fuera la mejor idea. De nuevo pensó en su mujer y su hijo. Quería verlos, estar con ellos. Compraría puntillas y carbón en el mercado y algún regalo para Hilda. Miró las lomas color ocre que se extendían hasta el horizonte y esperó. Escuchó pasos veloces sobre la maleza y sintió miedo.

—Jean Paul, ¿qué haces ahí? —escuchar su nombre en aquella voz metálica y etílica le dio tranquilidad. Su nombre, pronunciado con aquel acento inconfundible, era como un aguacero sobre el fuego.

—Passé, ¿qué haces tú por aquí? —los hombres se abrazaron y se sentaron juntos.

—Salí ayer para Gonaïves pero no he podido cruzar. Unos soldados me persiguieron por toda la loma y ahora viene bajando esa yipeta blanca —y señaló con el dedo el rastro de polvo del vehículo—. Están recogiendo haitianos. Ayer más de quince guaguas llenas cruzaron por Juana Méndez. Repatriando, dicen ellos. Repatriando —y repitió la palabra como quien dice una mentira.

—Entonces es una mala idea cruzar. No tendremos forma de volver a entrar y tengo que estar donde Saturnino pasado mañana. Hay que seguir la poda.

—No es buena idea cruzar —confirmó el otro.

Jean Paul sacó la botella de agua y los hombres bebieron.

—Entonces, ¿volvemos?

—Volvemos.

—¿Seguro?

—Seguro.

Se pusieron de pie y antes de volver a caminar entre el monte y la piedra, se miraron y se abrazaron de nuevo.

—No es lo mismo viajar solo.

—Jamás.

Los hombres caminaron a través de los trillos y las lomas que ya conocían de memoria y que además eran frescas y agradables. Hablaron de Gonaïves y de Puerto Príncipe. Hablaron de los rebeldes y de los soldados de la ONU. Hablaron de las diferentes maneras de abonar y podar aguacates. Escucharon, uno y otro, como la noche se volvía silencio y como las botas de goma hacían rodar las piedras y los palos.

Escucharon las lechuzas y algunas cotorras pero, sobre todo, Jean Paul y Passé, antes de caer dormidos uno frente al otro, escucharon el crujir de la madera en el fuego. Despertaron con la punta de un fúsil en la frente y la voz ronca y seca de un capitán del ejército.

—¡Arriba, maldito negro, dale!

Explotaron de confusión y miedo junto a los cocotazos y la invitación redonda de un cañón. Subieron al camión y vieron caras conocidas y otras familiares. Jean Paul escuchó entonces la risa de los soldados y de nuevo la voz cortante del capitán.

—Malditos haitianos del coño, e' jarto que me tienen, 'tan acabando con tó' y los curas siguen jodiendo dizque que los dejen tranquilos. Los curas nunca han sido buenos para este país.

Jean Paul, aplastado contra el cuerpo de Passé y de otro compatriota, sospechó entonces que quizás fuera esa una de las últimas cosas que escucharía en su corta y medianamente feliz vida. Pensó en sus abuelos. Cerró los ojos y con toda la fuerza y la sangre de su cuerpo, deseó que su mujer y su hijo pensarán, con toda certeza, que él, Jean Paul Bertrand, los había abandonado.





AMORÍFICA

Mi Aidita linda, es que cuando uno se enamora uno ve las cosas con la sangre. Y se le olvida eso que ven los ojos, se le olvida a uno lo que es azul o verde o lumínico u oscuro. Mi muchachita, carajo, te digo que uno sólo ve con esa sangre que tampoco se ve, pero que se mueve de un lado a otro por adentro de uno mismo y riega todo lo que ve . Lo va paseando del codo al pecho a los hombros a las orejas calientes a los dedos de los pies.

Mi Aidita linda y querida, quiero que lo sepas, porque la ceguera es una cosa bella cuando se puede ver con el chorro de amor que uno lleva por dentro y yo te lo vuelvo a decir, a ti y a tus ojazos hermosos, que quien te quiere es la sangre, y cuando tú me preguntas:

—Milancito, ¿por qué me quieres tanto?

Yo te debo de responder, aunque nunca lo hecho, Aidita mía, nunca lo he hecho porque me asusta, pero yo te debería responder que le preguntes a la sangre, que es la que tiene su respuesta teñida de glóbulos rojos y blancos y placenta y se mueve por ahí adentro

quien sabe cómo ni cuándo pero se mueve cuando le da la gana.

Y resulta que siempre le da la gana y se mueve y se mueve... Y cuando eso pasa, que se mueve tanto, entonces el amor crece mi Aidita, te lo juro que eso pasa, que se mueve y arrastra el amor por todas partes y entonces crece y crece y se hincha el amor como una picadura de insecto.

Mi Aidita bella y hermosa, también son esos ojos tuyos, grandotes así como canicas, y bellos como aceitunas y curanderos como la sábila y verde como la sábila misma o las aceitunas o las canicas. Porque esos ojos que llevas ahí, uno al lado del otro llaman la sangre a quererte, a volcarse en hemorragia amorífica sobre ti, sobre tu imagen, sobre tu recuerdo.

Sobre ti mismítica, que estás ahí parada mirándome con los ojazos esos que te digo, y amasan ese amor que pulula por todo mi cuerpo como un haragán en día domingo. Y te digo, mi ñiñita, que la sangre también, porque eso sí, la sangre hace de todo, la sangre también me da unas ganas inmensas de bailar contigo.

De agarrar tus manos finas entre las mías, y colocarlas sobre mi pecho para bailar contigo una de esas de Bebel Gilberto, una de esas suavécitas y deliciosas que canta Bebel con su voz de algodón. Porque con esas así, suaves y deliciosas de Bebel, te pegas tanto a mí que puedes sentir como se mueve esa cosa hermosa, que es cuanto te quiero, por todo mi cuerpo.

Y balancearme contigo despacito de un lado para otro, despacito, así ,como una liana en la brisa. Y oler tu boca, estrujarme el olor de tu pelo por toda mi cara y bailar así contigo, despacito, y darte un besito en el cuello y preguntarte que si sientes ese amor que se mueve por las venas y todo ese mapa que uno lleva por ahí adentro.





INVENTARIO DE UN PUEBLO

En todos los pueblos hay una iglesia, una farmacia, una puta y un loco. En Moca, además había una cotorra que funcionaba como alarma doméstica, un cine y un billar. Moca es de esos pueblos grises, donde el polvo cubre todas las aceras y las casas tienen ese olor a chisme y manteca que suele hallarse en los colegios de señoritas.

La puta, de origen polaco, se llamaba Regina. El loco, Chita. La farmacia, San Ángel. Y la iglesia, Sagrado Corazón de Jesús. Además de ser el loco del pueblo, Chita repartía los periódicos. Todas las mañanas pasaba frente a la casa de Ita Chichí y tiraba El Caribe en la galería. Llevaba un sombrero de papel y corbata de cartón, unos pantalones cortados a la altura de las rodillas y una guayabera tan vieja que era imposible adivinar su color original.

Siempre oía a mis tías bisabuelas contar historias sobre Chita: —No se le puede creer nada, es un mentiroso —decían—. Estuvo en un manicomio desde los tres años. Se enamora de las gallinas y cuenta las estrellas, ése va derecho al infierno.

Chita era bizco, y nunca se podía estar seguro con quién estaba hablando. A veces se paraba frente a la galería y me daba alguna noticia de otros pueblos o hacía sus predicciones del clima. El mentiroso del pueblo era el encargado de darles a todos las noticias impresas. Los hombres le daban cocotazos, le hacían preguntas que no podía responder y le encargaban mandados inexistentes e inútiles.

A las mujeres les estaba prohibido hablarle o incluso mirarlo, la locura podía ser contagiosa y sin duda era obra del demonio. La cotorra de tía Ciana enloquecía cuando escuchaba la campanita de la bicicleta de Chita y comenzaba a chirriar.

—¡Un ladrón, un ladrón, un ladrón! —tío León tenía que cantar “Cuidaíto compay gallo” y la cotorra volvía a su jaula y al silencio rutinario del pueblo.

En Moca pocas cosas rompían la rutina: los campanazos, los ciclones, la pelota y las noticias políticas de la capital. El día que desapareció la cotorra de tía Ciana todo el mundo buscaba a Chita. La Cuca nunca antes había salido del patio y tía Ciana temía lo peor. Doña Carmela decía que Chita se había enamorado de la cotorra porque las gallinas no hablan y con una cotorra tan decente como Cuca, Chita buscaba lo que no podía tener en otra parte.

Después de algunas semanas, Moca y tía Ciana volvieron a la rutina de alcanfor y rosarios. No se volvió a hablar de Chita ni de la cotorra, ya que la vecina de tía Ciana había comenzado el rumor de que la cotorra era cómplice del escape y juraba haberla escuchado llamar a Chita por las noches.

En todos los pueblos hay una iglesia, una farmacia y una puta. En Moca, además, hay un cine, un billar y una jaula vacía.





LOS APLAUSOS

Ya había fila mucho antes de las seis. Toda la cuadra estaba rodeada de gente, formando un gran intestino humano que desembocaba en la puerta del teatro. Estábamos vestidos de traje, como es usual.

La corbata casi no me dejaba respirar. Por suerte en Nueva York la temperatura de primavera no es como la de Santo Domingo y el sudor, igual que el aire, era escaso. Avanzábamos callados y con las manos en los bolsillos, alguna palabra ocasional brotaba en la atmósfera y las miradas se balanceaban como campanas.

En la fila de la ópera la gente no hace ruido. Si el concierto hubiera sido de Willie Colón, es muy probable que cantáramos a coro todo el repertorio antes de entrar a la sala. Delante de mí había una pareja que discutía. A él no le gustaba la ópera y a ella no le gustaba él. De todas formas iban agarrados de la mano. Ella tenía las manos delicadas, las uñas de color rosa y él cuadradas y esponjosas como absorbiendo las de ella. Sus bocas discutían y sus manos se amaban.

Por fin llegué hasta la puerta del teatro. El portero partió mi entrada en dos y me señaló que debía entrar por la puerta de la izquierda. No me gusta mucho la ópera, pero una apuesta es una apuesta y ahí estaba pagando mi deuda. Andar de traje hace que todos nos veamos iguales. La idea misma de un traje es homogeneizar una masa.

Somos militares de la ópera uniformados para un funeral colectivo: el nuestro. Me sentí de nuevo en bachillerato, en la fila de la mañana. Todos vestidos iguales. Todos parados de la misma forma con la mano derecha en el pecho y la izquierda en la espalda cantando a coro el himno.

Una voz escondida anunció: “Señoras, señores, el espectáculo va a comenzar”. Guardamos silencio y los últimos en entrar a la sala terminaron por sentarse.

Comenzó la ópera con una gorda que salió a escena con una manta roja en la espalda y las cejas fruncidas como dos mosquitos. Llevaba un moño corto que parecía una pelota y zapatos negros. Se movía de un lado a otro, miraba hacía arriba repetidas veces y hacía fuertes ademanes con sus manos. Parecía confundida.

Su voz era potente, como la de una sirena de policías o una ambulancia. Las venas de su cuello podían reventar en cualquier momento. Luego salió un soldado de obscena musculatura, un señor con un sombrero crema, una flaca malvada y sarcástica y un hombre vestido de toro. Era un gran circo serio, sin risas. Los payasos eran sopranos o tenores y los zapatos eran a la medida. Nadie se reía de una gorda, un soldado o una flaca malvada.

Estaba sentado en uno de los pequeños balcones izquierdos con otras siete personas. Abajo un mar de trajes rellenos de carne y hueso, franjas negras con un pequeñín triángulo blanco en el frente y una tapa de pelo. A los pocos minutos de haber comenzado el espectáculo perdí la noción del tiempo, el hilo de la historia (nunca lo tuve), el ritmo de los personajes, la facultad de reconocer las palabras y me sumergí en ese mar de tela negra observando cada pliegue y buscando patrones en ese gran retrato puntillista de nuestra sociedad estandarizada.

Entré en trance. Pensé en un patio lleno de gravilla, repasé

la tabla del nueve, visualicé todos los hormigueros de la casa de mis padres, redibujé las radiografías de mi dentista, recordé los equipos de fútbol, un avión lleno de monjas, un culto satánico... Me despertó un fuerte estallido en la sala. Un sonido homogéneo y prolongado.

Levanté la cabeza y descubrí que se trataba de una repentina necesidad de juntar las manos y abrir las bocas: una epidemia de aplausos. Todos aplaudían, todos juntaban sus manos velozmente y se producía esa gotera múltiple de carne con carne que tanto parecía alegrar a los actores. Comencé a ver aquella masa que es aplaudir.

El aplauso es una felicitación colectiva. No es decir: "Bravo, excelente", no. El aplauso es decir: "Bravo, todos nosotros pensamos que estuvo excelente". Es una felicitación en masa, una voz que sale de todos a la vez y que de antemano se sabe exactamente lo que dirá. El aplauso es un acto colectivo.

Podría sin duda alguna reconocer la voz de un amigo en el instante que dijera la primera palabra, pero me sería totalmente imposible reconocer mi propio aplauso de cualquier otro, porque no es mi voz, es la voz de todos los que no conozco que llevan traje negro y van a la ópera. Así estábamos, homogeneizados por la tela y por la carne.

Me fijé en la forma de aplaudir de cada quien: hay quienes aplauden con las dos manos totalmente paralelas, hay otros que aplauden con más rigor y colocan su mano diestra perpendicular a la antagonica. Hay quienes sólo tienen una mano, o sostienen el programa con la otra, y entonces aplauden con el pecho y con la mano libre, o con el muslo o hasta con la cabeza, sin nunca lograr que esa forma tan particular de aplaudir lleve consigo una voz individual o un mensaje diferente al predestinado para todos los aplausos que han existido.

En el teatro todos aplaudían al unísono, en una sola voz y originando un teatro dentro de un teatro dentro de el teatro. Aplaudían más o aplaudían menos dependiendo de si uno de los actores retomaba una reverencia o volvía a entrar en escena.

Me pregunto quién habrá inventado el aplauso. Hay expresiones fisiológicas: la risa, el llanto. Pero un aplauso sale de las ganas de decir: todos estamos de acuerdo, es puramente cultural, es absurdo y sin embargo lleva consigo el poder de elogiar y halagar a cualquiera (el agasajado no debe aplaudir, también es norma).

Cuando terminó la marea de aplausos, luego de múltiples despedidas de los protagonistas y varias sesiones de tercios estallidos manuales, volvimos a la fila, esta vez un poco más dispersa por los pasillos que nos tiraban a la calle.

Salimos como fieles arrepentidos, curados de la individualidad. Volvimos a quitarnos los trajes, a meter las manos en los bolsillos o en las narices hasta la próxima temporada de ópera, donde seremos nuevamente bautizados y nos salvaremos de correr riesgos innecesarios, como aplaudir solos frente a un espejo o romper las reglas de vestimenta correspondientes a la ópera.

FIN



NOT AVAILABLE

El sábado, por ningún motivo religioso, sino más por la ambigüedad deliciosa de la fusión trabajo y descanso, es su día favorito. Le gusta la actividad lenta y dormilona de las mañanas y el descanso inestable de las tardes. Se lo imagina un día azul. A todos los días le asigna colores y números, y el sábado además de ser azul de Prusia, es el número seis.

Le gustan las noches y las energías combinadas del descanso y la actividad, que inauguran ese teatro bélico y carnívoro que es Nueva York. Luego de un sueño largo y tibio, tomó una taza de café y un vaso de jugo. Se puso la ropa sin bañarse. Se pasó la mano por la cabeza para arreglarse un poco el pelo y salió con la alegría silvestre del que no tiene nada que hacer y puede dedicarse a cualquier cosa.

Carroll Gardens parecía un vecindario de fuego por las hojas rojas y naranjas de los árboles y el sol indeciso de principios de octubre. Caminó con las manos en los bolsillos hasta la parada

del subway y dejó que ese elevador horizontal que es el tren F lo llevara a Manhattan, con ganas de desayunar pesado. Pancakes con banana.

Se bajó del tren en la calle catorce con sexta avenida y caminó dos cuadras para encontrarse con Union Square transformado en una granja. El Farmers Market de los sábados parecía una cápsula de campo en el medio de la ciudad.

Decenas de variedades de quesos, sidra de manzana, empanadas de hongos portobello y frijoles negros, pasteles de frutas, mermeladas, vinos, carne de oveja, miel de abejas, panes de cereales, espinacas, puerros, uvas, girasoles, semillas, leche, huevos y mariscos, todo ordenado en pequeñas carpas blancas alrededor del parque dorado por el sol, la multitud y el otoño. Se sentó en un banco y dejó que el cuerpo se desplomara sobre la madera.

Movió la cabeza de un lado a otro intentado sacudir el sueño y relajar los hombros. Lentamente hizo un inventario mental de los alrededores y luego caminó por entre la población fresca del mercado. Se conjugaban olores diversos; el aroma crujiente de los apios, el dulce de los pasteles y el olor a frío y hojas secas. Octavio respiró suavemente cada gota de aire que le cupo en los pulmones y comenzó de nuevo a caminar entre un océano de gente.

Caminaba sin levantar la vista, mirando fijamente las piernas que le cruzaban a ambos lados e intentando identificar un ritmo en ese concierto para percusión y zapatos. Le gusta mirar los pies. Los ritmos y cadencias de toda una multitud de rodillas y zapatos, donde no existen prejuicios ni preconcepciones. Pasos que parecen lluvia sobre agua en cada impacto de la suela con el concreto.

Un zapato azul que pasaba. Otro azul, pero izquierdo, que seguía. Unas botas violetas, unos mocasines marrones y así, patrones de colores y texturas. Vio unas botas de goma amarilla y, tan pronto como se levantó la segunda, descubrió un pedazo de papel rosa tirado en el suelo. Lo recogió y con una curiosidad ingenua lo abrió: “Ángela: 917 407 2011”.

El número del celular de Ángela, anotado en un papel rosa perdido en un mercado campestre en medio de la ciudad más arrolladora del mundo. Sabía que era su número de celular por el

prefijo nueve uno siete, que solamente se usa para móviles, dejando el dos uno dos y el siete uno ocho para líneas residenciales. Ángela, se repitió, y pensó que era flaca.

Se vio tentado a llamarla. Deseó que hubiera un mensaje secreto, una nota de un naufrago, un pedido de rescate, un aviso de secuestro, pero era sólo el nombre escrito con letra redonda y ensayada, con un corazoncito encima de la i donde debiera de haber un simple punto. ¿Qué le iba a decir? ¿Para qué llamar?

El primer timbre le hizo sentir una picardía infantil que había olvidado en bachillerato. Timbró dos, tres, cuatro, cinco veces antes de que una voz dulce y aguda, como de mujer flaca, respondiera: Hi, this is Ángela, I am not available right now, please leave a message and I will call you back as soon as I can. Ángela no estaba disponible. La voz le decía que dejara su mensaje y que Ángela le devolvería la llamada tan pronto pudiera.

Colgó. No podía dejar un mensaje. Una cosa era que saliera la misma Ángela de aquel lado, con su brevedad humana, y otra era dejar su voz en la grabadora, en su memoria digital y eternizadora. Guardó el papel en el bolsillo del pantalón y salió del parque sin volver a pensar en él. Caminó hacia el este por la calle catorce hasta llegar a la tercera avenida. Pensó en su voz flaca y se preguntó cómo era su nariz y su boca, y se respondió visualmente.

Ángela debía de tener unos labios simétricos y carnosos, con la boca ancha y la nariz fina y flaca como su voz. Su pelo debía de ser, sin duda, rizo y largo, como un arbusto oscuro, sus nalgas como una campana armoniosa y sus ojos verdes como aceitunas. Marcó de nuevo desde un teléfono público: nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno y escuchó los cinco timbres y el mensaje que ya conocía.

¿Sería que Ángela no contestaba llamadas de números desconocidos? Que timbrara cinco veces antes de activar la grabadora, le garantizaba que el móvil estaba encendido, porque de lo contrario, era sabiduría colectiva, el mensaje se escuchaba inmediatamente después del primer timbrado. Había marcado el número de Ángela desde su móvil, con prefijo nueve uno siete, que le comunicaba directamente a Ángela que la llamada provenía de

un celular, y desde un teléfono público de Manhattan, código de área dos uno dos, que podía ser cualquier teléfono alámbrico en la ciudad.

Si ella había perdido su teléfono celular no podría contestar, y eso le pareció convincente. Pensó en el pelo de Ángela y en su voz y cintura de mujer flaca, y se la imaginó buscando el aparato por todas partes. Angustiada ante su desaparición y probablemente también marcando los diez números de su teléfono. Si este era el caso, que no estaba convencido del todo, aunque le parecía un argumento potencialmente convincente, en algunos días Ángela debía de reactivar su número en un aparato nuevo.

Pero sin embargo, y pensó que se había precipitado a conclusiones, también existía la posibilidad de que Ángela estuviera en el baño. Quizás tomando una ducha o cepillándose los dientes. También, y se dio cuenta sólo cuando miró el reloj, cabía que siguiera durmiendo. Después de todo era sábado y ni siquiera las doce del mediodía. Caminó hasta la segunda avenida con la calle siete y entró al dinner. Se quitó el suéter y lo colgó en el espaldar de la silla. La mesera vino enseguida, una rubia con buenas tetas y ligero sobrepeso. Sus mejillas eran rosa, como el pedazo de papel, y su voz, lo pensó cuando le dio los buenos días, no era voz de mujer flaca.

Ordenó un café, “no milk no sugar please”, y se quedó un buen rato mirando como la espuma crema del café dibujaba una media luna en la taza. Era un buen día. La temperatura seguía bastante agradable, y el sol, aunque un poco tímido, todavía dibujaba las sombras largas de los edificios sobre segunda avenida. Súbitamente, como una nube gigante, sintió que un objeto se interponía entre el sol y él. Era una flaca con nalgas de gorda, bárbara combinación, pensó, y unas gafas de sol grandes y redondas que hacían imposible prestar atención al resto de su rostro.

—Hi, I was wondering, there are no free tables left, do you mind if I sit with you?

Era difícil creerlo. En el tiempo que había estado en Nueva York, aunque había tenido experiencias similares en bares, nunca en un dinner, cerca de las doce del mediodía, una mujer, y una mujer con

esas nalgas, le pedía que please la dejara sentarse a su mesa.

—Sure, claro, siéntate.

—Oh, hablas español —y lo dijo como si de repente descubriera una alianza secreta.

—Sí, me llamo Octavio —y con la mano le mostró la silla, pero ella ya estaba sentada. Supo que se llamaba Karissa, que era un poco irlandesa, un poco filipina, un poco francesa y un poco boricua. Que la parte boricua venía por la sangre paterna y que se había criado en Nueva York, en la ciento sesenta y tres. Supo que estudiaba Occupational Therapy en Columbia y que se graduaba en primavera.

—So, Octavio, ¿y tú qué haces? ¿Cómo llegaste a Nueva York?

—¿Y qué te hace pensar que llegué a Nueva York? ¿Cómo sabes que no me crié aquí, como tú? —se sintió un poco ofendido por la pregunta, ¿no merezco Nueva York? se preguntó y no tuvo el valor para seguir profundizando.

—No lo quise decir así.

Se quitó las gafas de sol, y lo miró directamente a los ojos. Una mirada de algodón, suave y espesa que Octavio sostuvo por un breve instante. Su rostro parecía ahora, con la inclusión reciente de los ojos verdes, completa y definitiva.

—No te apures, estaba jodiéndote.

—Igual, te pregunté porque todo el que está en Nueva York tiene una historia, porque si no llegaste aquí, entonces llegaron tus viejos.

—Pues sí llegué hace un año, más o menos. Necesitaba un poco más en mi vida. No tenía muchos planes en Santo Domingo, y un día cogí todo lo que tenía, lo vendí en el mercado de pulgas y llegué, un veintisiete de octubre con visa de turista y entrada por tres meses. A los quince días de estar aquí, decidí que no regresaba —Mientras contaba el resumen de la historia, sopesó de nuevo cada una de las decisiones que lo habían llevado, junto a un millón y pico de dominicanos, a cruzar el charco.

—Interesante.

La mesera interrumpió y le tomó la orden. Karissa, modulando la voz y cambiándola por otra un poco más dura y decidida, pidió eggs Benedict y green tea.

—No sé si interesante, pero aterradora, eso si te lo aseguro— se arrepintió de mostrar señales de cobardía. Después de todo, Karissa estaba riquísima y estaba, y esto si era novedad, sentada a su mesa.

—Me imagino que dejar todo atrás debe ser difícil.

Octavio pensó que sí, que era difícil. Y pensó que tomar la decisión no fue lo peor, sino llegar y tener los cojones de no volver corriendo cuando la nieve comenzó a enseñarle la mierda que es el invierno.

—Qué va, es cuestión de querer y nada más —mintió.

La mesera vino con el té y le pareció que esta vez sus tetas no eran tan grandes.

—¿Piensas quedarte por un tiempo? —Cuando le preguntó, todavía tenía la taza de té cerca de los labios y la cara inclinada hacia abajo. A Octavio le pareció una pose dulce, esa forma de mirar por debajo de las cejas y ese pedacito de diente que se mostraba mordiendo el labio inferior. Karissa estaba buenísima, pensó, y se acordó de nuevo de la voz flaca de Ángela y en el número de teléfono que lo había conducido hasta la grabadora.

—¿Y que haces por aquí abajo si vives en Brooklyn? —preguntó hablándole a la boca de Octavio.

—Nada, los sábados me gusta pasear así, sin mucho que hacer. Improviso un poco —respondía y trataba de proyectar una confianza que no tenía.

—¿Y qué vas a hacer cuando termines tu café?, ¿dónde piensas improvisar después de aquí?

En su boca, sus ojos y su mano izquierda, posada sobre la mesa a sólo pulgadas de la suya, Octavio comenzó a leer una provocación tan obvia como inverosímil.

—No sé, quizás vaya al cine, aquí cerca en Houston.

—¿Qué película vas a ver?

—Depende de qué haya en cartelera —le sudaban las manos, tal vez por el café.

—¿Puedo ir contigo? —Karissa preguntó sabiendo de antemano la respuesta.

Estaba buenísima, y lo que es peor, lo sabía.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que aquel techo tenía un color diferente al suyo y comenzó el ejercicio de reconstruir todos los pasos que lo llevaron hasta allí. Le dolía mucho la cabeza y tenía la boca seca, pegajosa. El dolor dentro del cráneo era como un pico que iba y venía, no le permitía el inútil intento de recordar cómo amaneció en cama extraña.

Cerró los ojos y los abrió de nuevo. El ventilador era como un helicóptero boca arriba. Tanto el viento que producía como el sonido de tren viejo, le agudizaban el dolor de cabeza. Sintió que alguien se movía a su lado y recordó a Karissa. La sintió caliente y cerca de su cuerpo. Recordó su boca carnosa y su lengua suave y experta.

Lo que no podía recordar, era cómo o cuándo había terminado en lo que suponía era el apartamento de Karissa. Ella gimió sin despertarse. Sintió con su mano la deliciosa estrechez de su cintura y vio sus nalgas que se acercaban a su cadera. La abrazó por detrás y aspiró el aroma del champú de flores y canela en su pelo.

Volvió a dormir abrazado a Karissa, con el cansancio plácido del que perdió todo en un maratón de sexo. Cuando se despertó sintió una luz más suave entrando por la ventana. Escuchó los pasos de Karissa fuera de la habitación y sintió como el olor del desayuno lo iba sacando de un profundo sueño. Miró su celular. Eran las dos de la tarde del domingo y tenía una llamada perdida del número nueve uno siete, cuatro cero siete, dos cero uno uno.



ORIGEN

Era un hombre largo, mudo y mulato, un hombre despreocupado con muchos dientes y mucha risa. Apareció un día en la falda de una loma cerca de la frontera. La loma nacía en un país y terminaba en otro, igual que la vida de muchos hombres. Como nadie lo conocía lo llevaron al cuartel donde intentaron adivinar su procedencia y lugar de nacimiento. Con el dedo índice el hombre señaló el suelo. Ésa era su única respuesta. Una respuesta, tan ambigua, tan muda y tan sola, incomodaba al teniente.

—Pero por fin, ¿usted es haitiano o es dominicano?

El mudo seguía con el dedo apuntando al suelo y la sonrisa abierta. Nadie nunca supo dónde nació aquel hombre. Era largo, mudo y mulato, y murió en una tumba invisible y un dedo en la tierra.



PALABRA DE GALLERO

Rafael tenía un conuco al final de la calle. Al fondo, donde comenzaban la cañada y el platanal, tenía una traba de gallos.

—La palabra de gallero vale —me dijo un día mientras rociaba ron sobre su gallo predilecto—, pero sigue siendo palabra. El gallo, no conoce ni la palabra ni el dinero, por eso no conoce la traición.

Terminó la frase con la boca llena de humo, mientras acariciaba las alas del animal. Rafael vivía solo con sus gallos y un perro. Un día sobre su conuco plantaron calles y casas que borrarán la plantación para siempre.

Rafael conoció la pobreza, pero nunca la traición.

—Todo puede perderse, el dinero, la tierra, lo que sea, pero nunca el honor — dijo y puso entre mis manos aquel gallo pinto que nunca traicionó a nadie.





RECORDATORIO

Todo lo que quiero es olvidar. Ya no sé cómo, ni siquiera para qué, pero necesito olvidar ese número, borrarlo para siempre de mi cabeza con todo lo que conlleva. Olvidar coño, lo que quiero es olvidar, pero siempre he sido un recordador de mierda. Nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno.

Ahí está tatuado, quién sabe en qué parte de mi memoria y por más que quiero y necesito olvidarlo, sigue agarrado a mi cabeza como un náufrago a un pedazo de madera. Lo peor de todo no son los diez números, nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno, sino el nombre y el rostro que van montado en su lomo.

Son larvas venenosas que deambulan por mi cuerpo y no me dejan dormir sin aparecerse en cada uno de mis sueños y recordarme todo el tiempo lo que necesito olvidar. He intentado todo para olvidar, todas las tácticas convencionales. He intentado ahogar el nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno en ron y tequila, en Jerez y Oporto. Ya desesperado, he probado metiendo el dedo en el toma corriente para freír el recuerdo.

Nada, no me olvido. Hay otras alternativas más poéticas, como escribir los números nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno, y luego quemarlo y ver como poco a poco el humo se eleva junto a pedacitos de papel encendidos que se deberían llevar a las alturas el recuerdo. Sin embargo, nada. Cuando veo que la última ceniza se eleva por los aires entonces cierro los ojos y creo que soy libre, y de repente, como un tornado escapista salen el nueve el uno el siete el cuatro el cero el siete el dos el cero el uno y el uno a reírse de mí y a pasearse por mi cabeza como turistas en verano.

Desde pequeño he tenido una memoria prodigiosa cuando de ellos se trata. Números de teléfono, fechas de cumpleaños, direcciones, números de tarjetas de crédito, mi número de carné de identidad, de seguridad social, en fin, todos los números que de alguna forma han sido parte de mi vida, están bien guardados y listos para ser enviados a combate cuando sea necesario. Miles de números, fechas y direcciones, y, estos diez números de mierda; nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno, que necesito borrar para siempre junto con el nombre Ángela y los ojos verdes correspondientes.

He intentado todo y, coño, no me olvido. Además, estoy casi seguro de que hay más de un cómplice en esta trama para joderme y hacerme imposible el olvido. Algún plan macabro hay detrás de estos diez números que son la puerta a una mujer con nombre de guerrillera y ojos de bala.

La semana pasada salí de mi casa como siempre hasta la parada del tren F, y ahí, descansando como el polvo, decía: Smith & 9 St. El nueve, el primer número, como proyectil jodedor que comenzó el absurdo de ese domingo, que es el día uno de la semana que tiene siete. Calle nueve, día uno de siete, la primera secuencia del código asesino; nueve uno siete.

Estuve leyendo todo el trayecto, concentrado en la lectura que de alguna manera me calma el recuerdo por breves momentos, pero ese día, cuando terminé de leer el cuarto cuento y comencé a leer “Los límites del amor”, el quinto cuento de La puerta de Alcalá y otras cacerías, me encuentro con que el personaje central

tiene de esposa nada más y nada menos que a una mujer hermosa de ojos verdes que se llama Ángela.

Cerré el libro al instante y comencé a mirar a todos los que iban en el tren, de seguro alguno de ellos era parte de esta broma universal para que yo no olvide. Cerré los ojos y me calmé bastante. Me bajé del F en la parada de la calle catorce, uno y cuatro, pero no puse mucho caso. Intenté olvidar que olvidaba. Caminé despacio por la catorce y entré a Lectorum a ver si encontraba algo de Cabrera Infante que hacía tiempo no leía y de hecho encontré escondido un libro titulado Ella cantaba boleros, publicado “no como el hilo conductor que era de Tres Tristes Tigres, sino como una narración independiente”, que además también lleva en sus páginas un personaje de ojos verdes que se llama Ángela.

¿El precio? Veinte dólares con once centavos. O sea, dos cero uno uno, la última secuencia completa del nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno que me perseguía todo el día. Todo lo que quiero es olvidar, olvidarme de diez números, dos ojos y un nombre que me oprimen la cabeza y la memoria.

Tengo que olvidar, me decía en voz alta, mientras caminaba por toda sexta avenida hasta llegar a West 4 St. Subí hacia el este y me senté en un banco en Washington Square Park. El parque estaba repleto de personas. Un par de morenos llevaban a cabo un espectáculo de acrobacias, dos guitarristas tocaban algunos blues tristes y chamuscados debajo de un árbol, docenas de infantes jugaban en las aguas de la fuente central y centenares de personas descansaban y disfrutaban del sol tibio de un domingo de abril.

Sí, exactamente, de un domingo siete de abril. Mes cuatro, día cero siete, justamente la secuencia central de nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno, el número de teléfono con nombre que quiero desaparecer. Mientras más olvido más recuerdo. Comencé a repetir el número una y otra vez, como si por la repetición obsesiva del mismo, su significado se distorsionara, como pasa con las palabras, y tal vez ya deformado sería más fácil olvidar lo inolvidable.

Nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno, nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno, seguía intacto e

insobornable. Volví a subirme en el tren, en el A, y sin rumbo fui dejando pasar cada una de las paradas hasta llegar a Rockaway Park para luego hacer el mismo trayecto de vuelta. Desde que me mudé a Nueva York, hace ya cinco años, enfrento mi claustrofobia con el número treinta y dos. Entre la multitud del subway, voy contando hasta treinta y dos, treinta y dos veces con los ojos cerrados o clavados en algún par de zapatos, y logro así estabilizar el pulso, el pánico y la respiración. Treinta y dos, la suma de los números nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno.

Por pura curiosidad sumé cada una de las secuencias del maldito número, nueve uno siete, más cuatro cero siete, más dos cero uno uno. El resultado: tres tres tres cinco, que sumados dan catorce, y multiplicados ciento treinta y cinco. Luego multipliqué cada número de cada una de las secuencias, de modo que pude simplificar en un sólo número cada una de ellas. La primera, nueve uno siete, con el número sesenta y tres, la segunda, cuatro cero siete, con el cero e igual la tercera. Seis tres cero cero.

Sumando cada uno de estos números los llevé a una sola cifra, el nueve, que dividido por la cantidad de números del recuerdo original resulta en cero coma nueve. Desperté de mis cálculos y me bajé en la parada de la cuarenta y dos, cuatro dos, donde podía cambiar al tren siete, al uno, al dos al tres, al cuatro, al cinco al seis, al F al B al C al N al R al Q o al L...

Estoy parado frente al mapa del subway. Con todas las letras y números de colores que indican rutas y direcciones y no puedo recordar a dónde voy ni por qué. Tengo la cabeza llena de números y letras mezcladas al azar. Puedo recordar mi nombre, eso sí, pero luego sólo veo en mi cabeza un montón de números bailando como locos y moviéndose rápidamente como conejos. No recuerdo nada excepto mi nombre. Por alguna razón una secuencia extraña que no sé que significa: nueve uno siete cuatro cero siete dos cero uno uno...





SAFARI

En la calle había un loco moviendo mierda con un palito. En un balcón, un perro que dejaba caer su baba en el asfalto. En la jardinera, un tallo verde se iba torciendo a la izquierda. En el patio, él iba asomando la cabeza sin televidentes ni anfitriones.

Expulsado como un bagazo de caña hacia un espacio jodón, reluciente. Iba envolviéndose, reflejándose en sus mejillas empapadas de algo espeso y calentando. Nació a las once y cuarenta y uno de la mañana. En pleno sol del paraje de Tierra Brava. Por eso todavía hoy tiende a los extremos, cree que por ese contraste radical de luz y sombra que provoca el sol del Caribe en pleno mediodía.

Hoy hace el mismo sol. Son casi las doce del mediodía y esta vez espera por alguien y no por algo. No se mueve ni una hoja. Miles de hojas, cientos de árboles, un parque, y nada se mueve excepto la multitud que camina para todos lados desde todas las direcciones como una manada salvaje.

Cuando ella llamó, le dijo que se verían a las doce en punto en el Parque Independencia.

—Parquéate en la acera Sur, cerca de Dumbo, yo te encuentro —él pensó que el Sur siempre le había gustado—. Yo me quedo en el Sur —pensó, e inmediatamente sentenció a su hermano que había brincado el charco que separa el Sur del Norte.

—United States —dijo en voz alta y con ese acento machacado de cuarto nivel del Instituto Dominicano Americano, a la misma vez que volvía a indultar al hermano por la sentencia que le acababa de dictar.

Estaba a cinco metros de Dumbo, con una batida de zapote en la mano y con la yipeta encendida para no pasar calor. El Trío Matamoros intentaban averiguar de dónde son los cantantes y el aire acondicionado rugía a todo dar. Las ventanas de la Blazer estaban tintadas y era muy difícil ver algo desde fuera, salvo por el vidrio delantero.

Pensó que la Blazer era su pequeña cápsula espacial. Otro universo con otro clima, otros sonidos y otras reglas. Se sentía totalmente desconectado del exterior. Hay dos repúblicas, una por debajo y otra por encima de los veintitrés grados Celsius.

Afuera una mujer con un niño sudaba a chorros, un limpia-botas caminaba mirando la lluvia de zapatos en busca de clientes y el centenar de pasajeros potenciales era como una manada de cazadores de rinocerontes buscando los gigantes animales para penetrar su vientre metálico y avanzar en la peligrosa sabana que es Santo Domingo de Guzmán.

Pensó que cada uno de esos pasajeros, al montarse en una guagua, entraba a otro mundo móvil igual que la Blazer, sin embargo todavía había una conexión entre esas guaguas espaciales y el entorno del Parque Independencia. Algunos turistas paseaban y fotografiaban la puerta del Conde con su pequeña bandera muerta e inerte, ajenos a la cacería que se llevaba a cabo a su alrededor.

Bajó un nivel el aire acondicionado y el volumen del radio. Eran ya las doce menos cinco y ella no llegaba. Un montón de gente se desmontaba de un centenar de guaguas y él imaginaba que en alguna de éstas llegaba ella, con su boca roja y sus uñas lar-

gas como la espera. Mientras más guaguas más chances de que ella apareciera con los papeles en la mano. En la esquina de la Palo Hincado con Independencia había un tumulto.

Alcanzaba a ver un agente del AMET levantando sus dos manos en el aire y haciendo ademanes violentos. A un negro lo sacaban por la camisa de una guagua y todo el vivo lo golpeaba en la cabeza cuando lo arrastraban por su lado: un ladrón. Se preguntó qué había robado, ¿una cartera, un pastelito, una gallina...?

El agente lo golpeó par de veces en las canillas y el ladrón no se quejó. Pensó que ya el ladrón no tenía a quién pedir ayuda. Era víctima de la policía y El Chapulín Colorado ya no lo pasan por el canal Nueve. Pensó en el cumpleaños número cinco del ladrón. De seguro había globos y bizcocho. Deben de existir por lo menos media centena de fotografías con el ladrón-niño sonriendo, abrazando un montón de amiguitos y en los brazos de sus padres.

La vida de un hombre se divide en dos, de la puerta de su casa para afuera y de la misma puerta hacia dentro. Dos personas totalmente distintas. Incluso el rostro le cambia una vez que sale por esa puerta, entonces asume ese rol de ladrón y deja en la alfombra de la entrada, junto con el polvo, el otro rol de padre-hijo-hermano-vecino, como él, en su yipeta, se separaba del mundo y lo dividía en dos con un abismo de veinte grados Celsius.

Miró por el retrovisor y vio tres hombres que hablaban agrupados en una especie de conferencia. Uno de ellos, el de la gorra de los Yankees señalaba la Blazer discretamente. Era el más flaco de los tres. Volvió a mirar el reloj del radio que ya marcaba las doce en punto y confirmó que su celular estuviera encendido y con suficiente señal. Subió los pies en el tablero y reclinó el asiento.

Comenzó a resignarse, ella no llegaría. No habiendo pensado esto escuchó cómo se abría la puerta de atrás. Se levanto de un golpe y en vez de encontrarse con los dulces ojos negros que esperaba, vio una gorra de los Yankees, el hueco gigante de un cañón y a su lado, en el asiento delantero, un filo brillante y sudado con una boca negra que le gritó:

—Cállate la boca, no te muevas y cállate la boca coñazo. Dale, arranca y sube por la Mella, dale coño—.

Dos esquinas más adelante el de la gorra de los Yankees habló:

—Párate ahí, detrás de esa camioneta —Los otros dos hombres parecían hermanos. Eran corpulentos y negros. Uno llevaba unas gafas oscuras y el otro, el que estaba a su lado tenía una cicatriz que nacía detrás de su oreja y desembocaba en su mentón. Pensó que tal vez eran mellizos. Quizás en el quinto cumpleaños de los mellizos no hubo globos ni payasos, o tal vez sí, quizás uno era el malo y el otro el bueno, ¿y el de la gorra de los Yankees? Tal vez era un primo o un vecino.

—Saca la cartera, al paso eh. No inventes nada... Cógelo suave, pasa la cartera, el celular y el reloj, ese reloj se ve que vale un dinerito...

Pensó que ella debía de estar llegando en ese momento. Es la ley de Murphy: Todo lo que puede salir mal, sin dudas va a salir mal. Ella debía de estar buscando la Blazer por toda la cuadra, asomando la cabeza en Dumbo, mirando de un lado a otro y maldiciendo a su mamá que nada tenía que ver con todo esto.

—Señores yo no tengo nada. Por favor, hoy es el peor día para esto. Esto no me puede estar pasando. Por favor, miren, yo estaba esperando a alguien ahí, si llega y no me encuentra me voy a joder, por favor, asalten a otra persona...

—¡Cállate! —Le gritó casi al oído el ladrón—. Pero qué pen-dejo este blanquito de mierda, ¿tú te crees que uno asalta al que quiere que lo asalten? Si fuera por eso nos moriríamos de hambre. ¿Quién te manda a estar parado como un idiota ahí? ¿Tú no ves que ahí dice que no estacione?

Pensó que era una pena que no dijera NO ASALTE.

—Sí señor, usted tiene razón, decía no estacione y además estaba parado como un idiota, pero de verdad, mire por favor, lo que tengo en la cartera no se lo puedo dar, estoy esperando a alguien en el parque, ahí mismo frente a Dumbo, por favor, ayúdeme, por favor.

—Ya te dijeron que te callaras la boca, maricón, pasa la cartera, dale y abre ahí, la gavetica ésa a ver qué hay —le ordenó el de la cicatriz.

Apagó el carro para poder abrir con la llave redonda la gaveta. El de la cicatriz tenía una voz profunda y partida. Pensó que tal vez de niño no hablaba así, que tal vez tenía una voz dulce, como la de la mayoría de los niños. Pensó que a los diecisiete pudo haber comenzado a nacer esa voz gruesa que hoy le decía maricón y a punta de cañón lo asaltaba. Esa voz es, sin duda, la culpable de que hoy él tenga una calibre 22 apuntándole a la nuca y un puñal húmedo a pocas pulgadas de su panza.

—Mira, aquí hay un cargador para el celular y un par de discos.

—¿De qué son los discos? —preguntó el de las gafas.

—A ver... Hay uno del Trío Matamoros —dijo el de la cicatriz casi deletreando—, también uno de Benny Moré y uno pirateo que no dice nada.

El de la gorra de los Yankees se estaba impacientando. Él lo miró por el retrovisor.

—¿Le gustan los Yankees?

—No, me gusta la gorra, pero el equipo en realidad no. Me alegro que los Marlins le hayan partido el culo anoche. Cinco hits en nueve innings. ¡Ni una carrera! Está bueno que el carajito ése los haya dejado en cero. Pero dale, no te hagas el payaso, pasa la cartera, a mí qué me importa a quién esperas y a quién no, si me llevara de eso... Todo el mundo siempre tiene una excusa.

—Sí, me imagino que sí. Pero de verdad, es que yo no puedo ahora, es algo muy importante, por favor. Estoy seguro de que tiene que haber otra gente con más dinero, con más cosas y más fácil de asaltar. Mire esa doña que viene ahí, mire, trae un viaje de fundas, además mírele el guillo que tiene, se ve que tiene dinero... y viene solita.

—Coño, pero este pendejo sí tiene cojones. O sea ¿qué tú prefieres que le robemos a una vieja que a ti? Dale, pasa la cartera para no arrancarte la cabeza —su voz y sus gestos se impacientaban.

Nunca antes lo habían asaltado. No estaba seguro si había alguna ética o protocolo para situaciones como ésta. El de la cicatriz siguió revisando la gaveta y sacando todo lo que había; la matrícula, el manual del usuario, compactos y fotos. “Cuánta mierda guarda uno en esa gaveta” —pensó.

En una de las fotos aparecía él junto a su hermano, sentados en una mesa de plástico en Boca Chica, con varias botellas de cerveza vacías y un servicio de tostones. Ese día habían salido temprano a la playa. Se acuerda que el señor del peaje saludó a su hermano como a un viejo amigo.

—Todo el mundo conoce a Mundito, hasta el tipo del peaje —pensó ese día y volvía a pensarlo ahora. Recuerda cómo su hermano, que trabajaba en aduanas, había pagado todas las cervezas contra su deseo de colaborar con la cuenta. Siempre fue el más carismático de los dos. El más sociable y mujeriego.

Hace dos años salió para Nueva York, después de una pelea en una discoteca de la San Vicente donde hubo dos muertos y un prófugo, siendo el prófugo Mundito, por supuesto, que nunca había tenido potencial para estar dentro de la cuenta de los muertos. El reporte oficial había sido que al llegar a la discoteca su hermano sacó a bailar a una muchacha.

El primo, un gordo con el ombligo enorme oriundo de San Juan de la Maguana, soltero, mayor de edad, intentó cobrarle doscientos pesos por la prima y ahí se armó el tiroteo.

—¡Tu maldita madre, manflota!

Al gordo le metieron un tiro por el mismo ombligo y a la muchacha un botellazo en la boca que le tumbó un diente. Su hermano no fue el autor de los disparos pero igual cargó con la culpa y salió echando para el Bronx donde una tía, esa tía en Nueva York que tiene cada uno de los dominicanos, en el Bronx, en Brooklyn o en Queens, pero nunca en Manhattan.

El de la cicatriz le pasó la foto al de los Yankees.

—¿Quién es este tipo?

—Mi hermano, vive en Nueva York.

El de la cicatriz le pasó la foto al de las gafas, que rápidamente se las quitó y las dejó reposando encima de su cabeza como dos antenitas.

Pensó que tal vez conocían a su hermano, todos lo conocían. Incluso cabía la posibilidad de que conocieran al gordo del ombligo grande o a la muchacha de Baní y que ahora quisieran venganza.

El de la cicatriz lo miró por el retrovisor.

—¿A quién esperabas en el parque?

—Eh... a una gente, a alguien, en realidad no te puedo decir.

—¿Y para qué?

—Tampoco te puedo decir, pero es muy importante. Por favor, créanme.

—Coño, es que tú no ayudas, mariconcito —dijo el de los Yankees resoplando por la nariz.

Justo en frente a la Blazer se había parado un policía. Pensó que quizás el policía se diera cuenta de lo que pasaba y le ayudaría. Pero luego pensó en el ladrón y en el AMET que le daba por las canillas. Perdió las esperanzas de un rescate.

—Ya, pasa la cartera —dijo el de la cicatriz mientras tentaba su panza con la punta del puñal.

Por fin le dio la cartera. Sacó la cédula y leyó en voz alta los datos. Nacimiento, estado civil, lugar de nacimiento, piel, sangre, ocupación, señas particulares, nombre y dirección.

Los hombres se miraron. El de la gorra de los Yankees habló.

—Arranca, coge pal' parque.

—Pero por favor, miren, si quieren en el parque buscamos otra gente, uno que no sea una vieja, o mañana les doy lo que sea, pero por favor hoy no, es que es muy importante.

—Cállate y maneja —lo interrumpió el de las gafas.

Pensó que ya no le quedaba opción. Que de cualquier manera ella ya debía de haber llegado. Debía de haberse quedado un rato en la acera sur del parque y, conociéndola, sabiendo de su impaciencia, ya debía de haberse ido y haberlo mandado a la mierda un par de veces.

En la esquina de Las Mercedes con Palo Hincado vio ocho o nueve perros viralatas. Pensó que a los perros nadie los asalta. Tampoco a los pobres. Pensó si a alguno de estos tres hombres lo habrían asaltado alguna vez. Pensó en su hermano y el gordo del ombligo grande, en la muchacha de Baní... ¿Era de Baní? Ya ni de eso estaba seguro.

Pensó que dentro de ese mundo marca Chevrolet que lo dividía del otro más caliente, estaba preso. Con vidrios tintados,

con aire acondicionado. En el vientre de ese rinoceronte privado, estaba preso de tres cazadores piratas. El Parque Independencia era ese gran zoológico, ese inmenso safari de perros, ladrones y policías.

Recordó de nuevo al Chapulín Colorado.

—Y ahora, ¿quién podrá defenderme? —Esbozó una sonrisa leve e inclinada.

El de la cicatriz lo miró un poco contrariado.

—¿De qué te ríes, pendejo?

—De nada, es que me acordé del Chapulín Colorado. Tú sabes, cuando la gente decía, “Oh, y ahora ¿quién podrá defenderme?” y el Chapulín aparecía de cualquier lado. Me recuerda cuando era chiquito —Los tres hombres se miraron y no dijeron nada. ¿Qué carajo podían decir?

No se le había ocurrido la posibilidad de que lo mataran. De hecho, hasta ahora no había tenido miedo. Tenía miedo a perder su cita, a que ella no llegara o a que llegara y él no estuviera. Pero recién con lo del Chapulín se le ocurrió la posibilidad de que lo mataran. De que la pistola le abriera el cráneo o que el puñal le tallara la barriga.

Sintió miedo, pero de todas formas menor al miedo de no verla. Dobló a la izquierda, en La Tacita, y volvió a pararse casi exactamente donde se había parado antes. Miró el reloj, ya eran las doce y treinta y dos. De seguro ya no la vería. Igual la buscó con la mirada y confirmó su terror. Entró en pánico. El de las gafas le devolvió la cartera y le puso una mano en la cabeza. Volvió a tener miedo.

El disparo estaba más cerca, por primera vez no pensaba en ella, sino en el reguero de sangre que quedaría en la Blazer. Pensó cómo sería cuando lo encontraran muerto en el parque. Quizás alguien podría decir que era una venganza por lo del gordo del ombligo grande. Alguien podría decir que era un traque de drogas. Pensó en todas las posibilidades morbosas que el periódico inventaría. Tenía frío.

El de la gorra de los Yankees abrió la puerta y se bajó. También el de la cicatriz.

—Ahora sí me jodí —pensó.

Los otros dos se habían bajado de la Chevy. El de las gafas lo miraba por el retrovisor con la 22 en la mano. Se acercó a su cabeza. Puso su mano derecha en su pecho y la izquierda sobre su hombro.

—Dile a tu hermano que gracias por lo del gordo, no se me olvida.

Le dio dos palmadas en el pecho y salió por la puerta izquierda.

Por fin respiró, no lo había hecho en todo el trayecto. Ese primer respiro era como el primer trago, después de tres meses en recuperación. Un aire nuevo, recién fabricado por la General Motors entraba a sus pulmones y le borraba el segundo de dos miedos inmensos.

Su hermano había matado al gordo. Su hermano pudo haber sido el de la gorra de los Yankees o el de la cicatriz o el de las gafas o incluso el ladrón de la guagua. La vida de un hombre se divide en dos, de la puerta de su casa para afuera y de la misma puerta hacia dentro.

Ya no le quedaban esperanzas. Ella no vendría ni hoy ni nunca. Pensó que podría explicarle, decirle que estuvo desde temprano frente a Dumbo, que por poco lo asaltan. Que lo asaltaron. Quizás ella entendería. Quizás no. Las mujeres nunca entienden, pensó.

Cuando llegó a su casa era la una y diez de la tarde y había un apagón. Parquéo la Blazer en la acera y se quedó sentado unos minutos en silencio. Volvió a pensar en su hermano. De seguro en Nueva York le iba bien. Recordó haber visto en CNN que la temperatura bajó diez grados. A su hermano no le gustaba el frío, pero siempre le buscaba la vuelta y los dolaritos seguían llegando todos los meses por Western Union.

Apagó la Blazer y entró a la casa. La puerta se cerró y el eco retumbó en toda la oscuridad de la sala. Se sentó en la penumbra y vio como afuera el sol se reflejaba en la capota metálica de los carros, dividiendo en su puerta la luz de las sombras, el Norte del Sur.





TEATRO DE CÁMARA IV. TATUAJES

(En el escenario todo se derrite, como en la “Persistencia de la memoria” de Salvador Dalí.

Milán:

¡Voy a borrar todos tus recuerdos!

(El actor comienza a correr en círculos por todo el escenario. En cada vuelta, toma objetos que lanza contra el público: libros, discos, suvenires, mapas...)

Milán:

No quiero que ningún libro te recuerde. No quiero que ninguna canción te recuerde. No quiero que ninguna bebida te recuerde. No quiero que ninguna ciudad te recuerde. No quiero que ninguna isla te recuerde. No quiero que mi cuerpo te recuerde.

(Se quita la camisa y comienza a frotar un paño sobre sus tatuajes como si quisiera borrarlos.)

Milán:

No voy a parar hasta quitarme todos estos tatuajes. Si cuando acabe aún te recuerdo, entonces me cortaré la cabeza con un sable. De alguna manera tengo que vencer a tu recuerdo.

(El telón cae como si también se estuviera derritiendo.)





TRES HOMBRES QUE HABLABAN DEL FIN DEL MUNDO

Di mi palabra y, fiel a ella, llegué a la puerta del Taller a las nueve en punto para recoger a Juanca y a Robert. Todavía tenía el sabor a pasta de dientes en la lengua y podía sentir el frío del agua en mi cara recién lavada. Dejé el auto frente al Castillo de la Fuerza y caminé por la Plaza de la Catedral hasta el Callejón del Chorro. Entre los adoquines existían pequeños pocitos de agua y aceite, que reflejaban un arco iris impecable sobre los fondos negros.

Me pareció una metáfora perfecta de Cuba y pensé en escribir algo al respecto. La frescura húmeda de una noche de lluvias y fuertes vientos acentuaban el olor único a petróleo y azúcar que impregna esta ciudad. Me froté los ojos y toqué la gigantesca puerta de madera del Taller. Recuerdo haber notado la madera en los nudillos cuando escuché la voz de Roberto Marrero:

—Dale, compadre, está abierta —Oía a trementina, alcohol y tinta. El suelo cubierto por mosaicos coloniales y los ventanales altos cubiertos por buganvillas dramatizaban la sensación de viajar en el tiempo que había sentido la primera vez que viajé a Cuba.

Caminé por el pasillo que partía en dos el Taller, entre cordeles de donde colgaban las impresiones y pruebas del día anterior. El museo colgante de Babilonia.

—Dame un segundo, asere, déjame terminar de fregar esta prensa y vamos echando —gritó Juanca sin interrumpir su oficio.

Nos conocimos cuando vine a Cuba a cursar un taller de dos semanas y terminé quedándome ocho meses entre litografías, aguatinas, aguafuertes, intaglios, xilografías y litros de ron. Alquilé un pequeño apartamento en Jaimanitas y todas las mañanas caminaba hasta la rotonda de la Playa, donde tomaba un carro por diez pesos hasta el Capitolio.

De ahí bajaba caminando hasta la Plaza de la Catedral y hasta la misma inmensa puerta de madera. Disfrutaba ese trayecto intensamente. Siempre me las arreglaba para sentarme al lado de la ventana y sacar la cabeza como un perro para sentir la brisa y el aroma habanero deformando mi cara. Me iba fijando en cada par de nalgas que pasábamos, en sus lycras de rayas y en su manera peculiar de balancearse sin perder ni la elegancia ni la putería. Esa es una virtud que sólo tienen los culos cubanos.

Llegaba al Taller a las nueve, antes que la mayoría, y comenzaba a dibujar sobre el metal o la piedra. Juanca era (y es todavía) el jefe de Taller. Robert, el técnico de metales, me fue asignado como maestro de impresión. Trabajaba hasta las cuatro, dibujando, imprimiendo, bocetando y consultando con Juanca o Robert técnicas para aplicar el toulouse o conseguir mejores mezclas con las tintas viejas y crujientes del Taller.

Para las litografías utilizábamos verdaderas piedras calcográficas. A diferencia de en Nueva York, donde aprendí lo poco que sabía de lito en planchas sintéticas y finas, como todo lo norteamericano, incluso los culos. Trabajaba dos o tres piezas a la vez y en la tarde imprimía alguna prueba de color o pulía otra piedra.

El almuerzo consistía en esperar a que entre doce y doce y cuarto, pasara la mujer vendedora de batidos de guayaba, piña o fruta bomba y rollitos rellenos de guayaba. A veces también pasaba algún obrero pidiendo un dólar por su merienda asignada: un sándwich de jamón y una soda de naranja.

El taller vivía en actividad constante, y entre vendedores, turistas y artistas siempre había alguien que entraba o salía por el portón gigante. Más de veinte artistas trabajaban diariamente, entre técnicos, maestros y residentes, además de los visitantes o invitados de renombre que venían de todo el mundo a imprimir aquí, en una ciudad que espera la absolución.

Los tres, Juanca, Robert y yo, probablemente por una afinidad en el trazo y en el amor por The Beatles, nos manteníamos juntos durante y después de las horas de Taller, unidos por Paul, John, George, Ringo y mister Havana Club. Conocí a la familia de Juanca, a su hijo de trece años con bigotes de cuarenta y dos, su mujer, una mulata especialista del Museo de Arte de La Habana, y a su perro, un pequeño animal anaranjado, con el pelaje duro e inmóvil como una alfombra sucia al que llamaban simplemente Perro.

Conocí a Jeanette, la mujer de Robert, también artista y con la capacidad asombrosa de tomar más cerveza que cualquiera de los tres. Casi todos los sábados íbamos hasta la casa de Robert en Guanabo. Un cuarto piso, construido ilícitamente sobre la casa de sus abuelos. Resultaba una especie de palomar, bastante agradable y con vista al mar. Las paredes pintadas de un azul clarísimo, casi perdiendo el derecho de llamarse azul, y el piso brillante de cemento pulido refrescaban todo el ambiente, usualmente ayudados por interminables rondas de cerveza.

Sentados allá arriba, luego de vencer el peligro inminente de la escalera caracol más estrecha del mundo, hablábamos de Cortázar, de Lezama, del culo de la hija de José Omar y de algún día exponer en colectivo. Cuando lo de las torres gemelas también estuvimos juntos, pegados a la pantalla, escuchando la retransmisión de CNN en español por Tele Rebelde.

Casi cuatro horas después del ataque, vimos con horror la segunda de las torres desplomarse sobre Manhattan, como un ciervo con una bala en la cabeza. Esa noche, en Guanabo, hablamos del fin del mundo. Bajo un cielo gris y oscuro, estuvimos sentados en silencio alrededor de un litro de ron y un pesar común. Temía por todo lo que había dejado en Nueva York hacía sólo cuatro meses.

Mis compañeros en Jersey City, mi facultad en Manhattan y el amor, sin duda perdido para siempre.

—Mayo, es que tú no sabes lo que es sentirse engañado. Toda la vida nos vendieron la idea de que si la zafra de Los Diez Millones nos convertiría en el país más desarrollado de América, que si Ubre Blanca era la vaca que más leche daba en el planeta, que el mundo estaba equivocado... Luego, uno se puso grande y... coño, asere, es verdad que el mundo está equivocado, pero Cuba también, en unas cosas menos y en otras más, pero lo que más me jode es que aquí se sobrevive, no se vive —esa era la confesión de un hombre que acababa de ver el fin del mundo cara a cara, cortesía de un grupo de suicidas árabes.

—Coño Marrero, pero qué cojones, si la Revolución te lo ha dado todo. Has estado en Brasil, en Bélgica y todos los días te levantas y vas a un Taller empingao a hacer tu obra —protestó Juanca, que además de defender al Taller de Gráfica, debía defender, ante mí, todavía con desconfianza, su patria y su afiliación a la Unión de Jóvenes Comunistas. Los tres hombres estuvimos sentados en trozos de madera, cada uno con un vaso de ron a la mitad, formando un triángulo del que no sospechamos nada, todavía.

—Dale Juanca, no comas mierda, asere, que Mayo ni es de la Seguridad ni va a echar a nadie pa'lante. Lo que no quiero es que se crea todo esto que ve en el Taller. Toda la mierda que le venden por yuma. Mayo —y ahora me hablaba a mí—, compadre, yo sé que República Dominicana es tercer mundista, pero es que esto es pre mundista, compadre. Mira ese techo —y señaló con el vaso de ron el cielo raso agujereado sobre una habitación vacía, las varillas atravesando el espacio como el cascarón de un fósil—. Hace más de un año que estoy intentado conseguir dos sacos de cemento. He hablado con la UNEAC y con todo el mundo, y ahí está ese techo todavía que parece el cadáver de un fusilado.

Juanca bajó la cabeza, como un gesto de aprobación, y bebió el ron que quedaba en el vaso. La brisa soplaba más fuerte y las nubes parecían inquietas y veloces, como si huyeran de algo

inminente que todavía no tenía nombre. Me quité los zapatos y las medias, sentí el frío del cemento pulido en las plantas de los pies. Respiré profundamente, consciente a cabalidad del acto de respirar y también bebí lo que quedaba en mi vaso.

—Dale Robert, abre el otro litro.

—Qué otro litro ni qué cojones, Mayo, si nada más quedan es un par de laguers en el frío.

—No, compadre, que no. Que yo tengo una sorpresita en mi mochila —dije y saqué por el pico, como Escalibur de la piedra, un Havana Club siete años.

—¡Coñoooooo!

Con cuatro años de por medio entre hoy y aquella noche en Guanabo, escucho las mismas palabras pero con significados totalmente distintos. Como si aquello hubiera sido un idioma clandestino que sólo ahora puedo decodificar. Me parece ver, mientras voy entrando de nuevo al Taller, los tres hombres sentados tomando ron dorado bajo un cielo monocromático y hablando con la escualidez del miedo de la muerte de Fidel, de la agonía de Latinoamérica y del problema poblacional de Europa.

—¡Coño, asere, qué bueno verte! —El abrazo de Juanca por poco me parte las costillas—. ¿Qué volá, mi socio? Coño, cuéntame, ¿cómo está el resto del mundo?

Les conté que había estado en la Bienal de Venecia y que este año estaba invitado a participar en la Bienal de El Cairo. Les conté que había publicado algunos cuentos en una que otra revista y que pensaba publicar una recopilación en verano. Le conté a Robert que había conocido un escritor cubano muy amigo suyo que ahora vivía en Dominicana, y que me había dado a leer los poemas con que Robert había ganado el premio David de poesía.

Le pregunté por qué cojones no me había dado a leer su libro y ni siquiera me había dicho que era poeta. Les dije, en medio de un abrazo y par de jodederas, que les había conseguido una invitación para una exposición en el Museo de Arte Moderno de Santo Domingo y que necesitaba que trabajáramos en ella.

Que íbamos a exponer juntos pero que había mucho que hacer, pues toda la curaduría y organización dependía de nosotros.

—Coñó, Mayo, estás más flaco, parece que el hambre de Cuba te la llevaste contigo —y se rió duro, estrepitoso, como sólo se ríe Juan Carlos cuando tiene muchas ganas de reírse. Les entregué el rollo de papel Guarro que les había comprado en Viena y el frasco de tousche francés para las aguadas litográficas. Me abrazaron de nuevo mientras frotaban con el pulgar la textura arrugada del papel.

—Ya, compadre, está bueno de mariconerías. Dale, vamos al Café de París a echarnos un roncito, que yo invito.

En efecto, Juanca pagó la primera ronda de ron Mulata.

—Mira, Mayo, por aquí las cosas siguen igual de jodidas, incluso peor. Hace unos meses asesinaron a un yuma, un inglés, y la cosa se ha puesto dura. Para conseguir un fula es del carajo, y tú sabes mejor que nadie que el peso cubano vale menos que una caja llena de agujeros. Nosotros tenemos suerte. Por la UNEAC aparecen algunos viajes al extranjero y como la galería del Taller es del Estado, se venden cosas. La semana pasada vendí ocho litografías a unos gays alemanes. Tengo mercado con el público gay.

Se rió de nuevo porque era cierto. La obra de Juanca, la mayoría xilografías y litografías, consistía en una serie de autorretratos, donde rostro, pene y maquinarias formaban un Juanca robótico, cuya desproporción maravillaba a los turistas homosexuales. Nos tiramos varias rondas antes de que el olor a frijoles y comino nos recordara que no sólo de ron vive el hombre.

—Asere, hora de almorzar.

Los invité a un paladar cerquita del Taller. Consistía en un comedor modesto, con un televisor encendido pero mudo y un bolero de Benny en el tocadiscos. El techo era más bajo de lo usual y las cortinas violetas inundaban toda la luz. Cuando la negra encargada recitó los platos disponibles se nos hizo la boca agua.

—Caballero, hay bistec, filete de caguama, langosta, enchilado de camarones y pechuga de pollo. Para acompañar arroz blanco, frijoles negros y plátanos maduros fritos. También queda macedonia para el postre y casquitos de guayaba con queso.

—Coño, mi socia, ¿y de dónde tú sacas ese tipo de tesoros?

—Ven acá, mi niño, ¿desde cuándo eso es asunto tuyo? — Advirtió la negra con ademanes exagerados—. Tómate la leche y no preguntes dónde está la vaca.

—Compañera, hoy hay que tomarse la leche y comerse la vaca —Juanca se veía realmente feliz. Una sonrisa le cruzaba la cara y sus ojos estaban grandes y redondos—. Éste que tú ves aquí, es dominicano y tataranieto de nada más y nada menos, que del general García Menocal, el de los gallos.

—Coñooooo, felicidades, chama, tremenda descendencia. Aunque la verdad es que a estas alturas del juego eso ni quita ni pone. Vamos, decidan qué va a comer la gente de Menocal.

Comimos y tomamos como lo hacen los señores feudales en las películas. Juanca pidió caguama, porque dice que es buena para “el músculo”. Robert, bistec.

—Coño, asere, un pedazo de carne así es como mamárselo a Marilyn Monroe.

Yo preferí una langosta enchilada, algo que solo sabe como debe saber en La Habana.

Nadie probó la macedonia, los tres preferimos los casquitos de guayaba con queso. La textura suave y dulce de la guayaba contra el amargo sólido del queso limpiaba el paladar de todos aquellos sabores condimentados y restauraba la armonía en toda la boca. Con los pantalones desabrochados, tomamos de un ron dorado que nos brindó la negra.

—Arriba, muchachos, que el primero va por la casa.

—Mi negra, te has puesto generosa y todo —le dijo Juanca olfateando el ron y su oscuro sabor a madera.

—Tú ves, Mayo, esto sí es vida. Asere, yo llevo siete años en el Taller y treinta y dos en Cuba y nunca había comido así. Mi llenura más grande fue cuando me casé con Jeanette. En la Juventud me regalaron dos entradas para la mesa sueca del Copacabana. Pero así, ni en sueños. Gracias de verdad, asere, se le agradece —su cara larga de Quijote mulato se transformó en una mueca de gratitud y borrachera.

—Robert, mi hermano, si tú hubieras nacido en Dominicana tal vez te hubieras metido dos o tres filetes, a lo mejor hasta tuvieras algunos pesitos en el banco. Pero... ¿y lo otro compadre, tu educación, tu obra, tus poemas...? Coño, con la educación dominicana, lo más que escribirías serían los mandados de la bodega.

—Asere, mucha educación pero ¿para qué? El problema es vivir sin porvenir, haber perdido las esperanzas y hasta las ganas de querer lograr algo después de tanta educación y de tanta pincha. Las cosas en Cuba sólo pasan cuando son para joderte, nunca para premiarte. Mayo, si te da la gana de ir a ver las vacas de la India vas y si no quieres pues pal carajo. Pero a mí lo que me queda es intentar encajarle un trabajito de estos a un yuma. Compadre ¿tú viste el techo de mi casa? No puedo ni mudarme a otra ni arreglarla. No, asere, no. Toda la vida estuve esperando que llegara lo que nos habían prometido. Cuba va, decían. Y antes de darme por vencido, me di por comemierda.

—Óyeme, Robert, yo entiendo, pero no creo que eso sea un problema cubano. Eso pasa en toda América Latina —argumenté con la lengua entumecida por el ron.

—No, asere, no —ahora Juanca, dejando atrás su posición en la Juventud, era el que trataba de convencerme—, el problema es que aquí nos dicen lo que les parece y nadie se cuestiona nada. Y no porque no se lo cuestionen, sino porque no se lo pueden cuestionar. Si lo dice el Granma, lo dice el Granma y no hay pa'tras. Al final o te lo crees o te haces el que te lo creíste.

La negra no opinó, pero miraba atenta desde la cocina. Trajo la cuenta y me entregó una tarjeta con la dirección y el teléfono. Me dijo que la próxima vez llamara, que podía prepararme lo que yo quisiera si le avisaba con antelación. Seguimos tomando ron hasta que nos pasamos el litro de dorado, más otro medio de ron blanco que apareció a última hora.

Bebimos y hablamos sobre Cuba, sobre Dominicana, sobre el despegue de la economía chilena y sobre el futuro del grabado en el siglo XXI. Hablamos y tomamos como tres hombres que no quieren hacer nada más que tomar y hablar antes que algo

inevitable los separe de nuevo. Dejé los dólares sobre la mesa y salimos caminando en silencio por el callejón, entre los arco iris distorsionados del agua sucia de la Habana Vieja.

Durante varias cuerdas nadie dijo nada. Sabíamos que nuestro triángulo estaba recompuesto, armado, como aquella noche en Guanabo, por el ron, la tinta y el fin del mundo.



Todo lo que quiero es olvidar es un ejercicio de la memoria. El autor parte de recuerdos ajenos (los de su abuelo) para trazar un viaje por diferentes épocas y geografías. Aunque no todos sus personajes son dominicanos, sus circunstancias sí.

En Moca, Santo Domingo, Nueva York o La Habana, en el mar abierto o en ese límite indescifrable que es la frontera entre República Dominicana y Haití, donde quiera que se encuentren los que viven encerrados en estos cuentos se ven forzados a mantenerse dentro de la dominicanidad, una condición que los hace tomar decisiones y comportarse.

Además de escritor, Mario Dávalos es un artista plástico y publicista. Gracias a esos tres oficios pudo lograr que en estas historias no todo tuviera que contarse. Hay cosas que se dicen, pero otras apenas se dibujan o se anuncian. Lo único invariable es la extrema diversidad, las diferencias que hacen que cada personaje luzca tan parecido al otro.

Una última advertencia: *Todo lo que quiero es olvidar* es un libro en construcción. Algunas de sus historias deberán ser concluidas por el lector.

CAMILO VENEGAS

ISBN: 978-9945-471-26-7

